

El circuito sacrificial en la legitimación de la dominación occidental: la Ifigenia del Occidente en América Latina

Franz J. Hinkelammert

En la tradición del Edipo occidental, el mito del Edipo solamente juega un papel de poca importancia. Fue Freud quien le dio un significado, lo que nadie antes de él había hecho. Sin embargo, el problema del cual se trata está presente en todas partes, aunque únicamente se lo descubrirá partiendo del hecho de que el mito de Edipo es circular. Edipo mata a su padre, el cual había matado a Edipo.

Partiendo de esta tesis se descubre el hecho de que, en la tradición occidental, el Edipo discute sus problemas a partir del mito de Ifigenia. Este es el mito del asesinato del hijo (a), el cual es cometido por la autoridad que es a la vez rey griego y padre de Ifigenia. El mito de Ifigenia (y otros mitos paralelos) aparece en toda la tradición de la Iluminación y corresponde a lo que es la sociedad burguesa en los siglos XVIII y XIX.

Muy diferente es el mito de Edipo, que pone el asesinato del padre en primer plano. Corresponde a un período histórico en el cual la sociedad burguesa se confronta a movimientos revolucionarios y supone, por supuesto, que ellos son asesinos del padre. Entre el siglo XVIII y el final del XIX, ocurre un desarrollo análogo a aquel que conduce en la Grecia antigua de Eurípides hasta Sófocles. El iluminista Eurípides escribe Ifigenia y el anti-iluminista conservador, Sófocles, escribe el Edipo. Eurípides escribe sobre el asesinato del hijo (a) y Sófocles sobre el asesinato del padre. En esta tradición, Racine, Schiller y Goethe se inspiran en la Ifigenia y Freud en el Edipo. Frente a la revolución en contra de la sociedad burguesa, el Edipo vuelve a actualizarse, en tanto que antes estaba casi olvidado.

Durante el tiempo en el cual la burguesía hace ella misma revoluciones, sin confrontarse a ningún movimiento revolucionario, el Edipo no le dice mucho. Cuando Eurípides ataca el levantamiento dionísico-destructor, no lo hace en nombre de Edipo. Lo hace, en su tragedia *Los Baccus*, en nombre de Dionisio. Se trata de aquello que conocemos en la sociedad burguesa como el temor al caos. Aparece una madre que en su euforia bacanal mata a su hijo, que a la vez es el rey. Ella asesina, si se quiere, a su padre en la figura de su propio hijo. Se trata de la destrucción de la autoridad en la euforia de una orgía desenfrenada. En su euforia, ni siquiera sabe que en la figura de su padre-rey mata a su hijo. Esta tragedia podría interpretar, posiblemente, la rebelión estudiantil de los años sesenta de este siglo, pero no los movimientos

socialistas que aparecen a partir de la segunda mitad del siglo XIX.

El estrecho parentesco entre la sociedad burguesa y el mito de Ifigenia, no se basa en el hecho de que se reproche algún asesinato del hijo a la autoridad en contra de la cual se dirige la revolución burguesa. Eso también existe, y a veces tiene importancia. Se puede ver eso en el drama *Guillermo Tell* de Schiller. Geßler, como padre despótico de la patria, exige de Tell disparar sobre su hijo. Por supuesto que espera que Tell matará a su hijo con el disparo. Por eso, precisamente Geßler, el representante del tirano, parece ser el asesino del hijo y no Tell. Por un disparo feliz, Tell salva la vida de su hijo. Posteriormente, Tell mata en Geßler al padre de la patria, en cuanto éste no cesa en la persecución de Tell. Sin embargo, Tell no se considera asesino del padre, por el hecho de que él está luchando por un nuevo padre-autoridad, es decir la sociedad burguesa, que ya no tiene nada que ver con gente como Geßler.

Schiller tiene una conciencia clara de este contexto. Por tanto deja aparecer, al final de su drama, la figura del "parricida". Este parricida busca solidaridad de parte de Tell, argumentando que también el mismo Tell ya había matado, con el asesinato de Geßler, a su propio padre. No obstante, Tell lo expulsa de su casa y lo acusa del peor crimen que existe: el asesinato del padre. En Geßler se transforma la autoridad arbitraria en contra de la cual se dirige la revolución burguesa, en la figura de un asesino del hijo.

Sin embargo, esta visión no representa la importancia del mito de la Ifigenia para la autoconciencia de la sociedad burguesa. Se usa este mito de una manera muy diferente. De hecho, se efectúa en él la secularización de la imagen del Cristo de la ortodoxia medieval, bajo el nombre de la Ifigenia. En este proceso se conservan sus rasgos esenciales, a pesar de que pierde ahora su carácter religioso. Posiblemente, esta imagen medieval de Cristo en realidad es ya una imitación de Ifigenia, o por lo menos está influenciada por ella, y vuelve ahora a acercarse de nuevo a su figura original.

I. La Ifigenia griega

La situación fundamental del sacrificio de Ifigenia es la siguiente: Ifigenia es hija de Agamenón, rey

griego, y de su esposa Clitemnestra. Agamenón es comandante en jefe del ejército griego que se ha reunido en Aulide para salir hacia la conquista de Troya. No obstante, se produce una calma del viento de tal manera que el ejército no puede partir. Preguntando a los dioses por la razón, la diosa Minerva (o Diana) comunica que solamente el sacrificio de Ifigenia, la hija de Agamenón, puede apaciguar su furia. El ejército exige hacer este sacrificio. En consecuencia, Agamenón trae a Ifigenia a Aulide, defraudando a Clitemnestra para que la entregue. Llegada a Aulide, él sacrifica a su hija, la primogénita de sus hijos, a la diosa Minerva. Realizado el sacrificio, el viento vuelve, el ejército parte, conquista Troya y la destruye.

En la tradición de este sacrificio aparece una larga historia en la cual se busca el sentido de este sacrificio de Ifigenia. Ella se transforma en una figura central de la tragedia griega e impregna profundamente toda la tradición greco-romana. En una forma igualmente central, la figura de Ifigenia vuelve a aparecer en el tiempo de la Iluminación y, hasta hoy, no ha vuelto a desaparecer de la cultura de Occidente. Por lo menos en el campo de la cultura, la figura de Ifigenia resulta mucho más importante que la de Edipo. El mito de Ifigenia interpreta el lugar que ocupa el sacrificio humano en la tradición greco-romana y en toda la cultura occidental.

En "Agamenón", de *La Orestíada* de Esquilo, la más antigua de las tragedias sobre Ifigenia, este sacrificio todavía es presentado como un asesinato violento que se comete en nombre de la diosa en contra de Ifigenia. Esta grita como un animal que es conducido al matadero:

Invocándose a los dioses /y el padre mismo a los ministros manda/ que, en su túnica envuelta, sobre el ara, /como una cabritilla, a la doncella/ desfallecida de terror, levanten, /y que en los bellos labios de la virgen/ con la fuerte prisión de una mordaza/ la maldición que va a lanzar detengan.../ Mas, ella en tierra el purpuro velo/ deja caer, y de sus ojos hierve/ dardo de compasión a sus verdugos (1).

Esquilo hace presente todo el salvajismo de esta escena. Los sacrificadores son carniceros y verdugos e Ifigenia es un ser humano salvaje que rechaza su muerte. Resulta una escena brutal. Pero Esquilo también interpreta la situación de Agamenón como el destino trágico de un padre que tiene que sacrificar a su hijo, sin tener ninguna otra salida. Tampoco para Esquilo, Agamenón es un criminal, sino un héroe trágico que no tiene otra salida que transformarse en carnicero y verdugo. Ifigenia, en realidad la única persona sensata y razonable en esta escena de euforia sacrificial, es presentada como su participante sal-

vaje y menos civilizada. Siendo ella tan incivilizada, forzosamente Agamenón tiene que transformarse en carnicero.

En todo el desarrollo posterior de la visión del sacrificio de Ifigenia, Agamenón sigue siendo esta figura trágica que *por fuerza* tenía que sacrificarla. No he encontrado a ningún autor que no tuviera la comprensión más profunda para este destino de Agamenón. El desarrollo del mito, por tanto, no ocurre del lado de Agamenón, sino del lado de Ifigenia. Paso a paso, Ifigenia, razonable, salvaje y furiosa, que en el drama de Esquilo todavía maldice a sus verdugos, va siendo civilizada. Cada vez más ella toma una posición positiva en relación a su muerte sacrificial, hasta que ya en la Ifigenia de Goethe, se ha transformado en una redentora del mundo, una verdadera Cristo-Ifigenia.

Sin embargo, obviamente la situación de Agamenón en Aulide, es parecida a la situación de Abraham cuando se enfrenta a su hijo Isaac para sacrificarlo. Además, ambos mitos provienen seguramente de un mismo tiempo prehistórico. Llama la atención que en el desarrollo del mito de Ifigenia, jamás aparece aquella fe de Abraham que consiste en *no* matar a su hijo. Esto vale tanto para la literatura griega, como para la cristiana y aún la iluminista y liberal. Pareciera que Abraham jamás ha existido. Pareciera completamente obvio que el padre que sacrifica a su hija, está sometido a un destino trágico al cual tiene que obedecer (2).

Se trata de la situación en Aulide. Los griegos quieren conquistar Troya y Agamenón es su comandante en jefe: ¿deben renunciar a la conquista y la destrucción de Troya solamente por no sacrificar a Ifigenia? ¿No está el bien común por encima del bien propio? Si los hombres se sacrifican en el campo de batalla para ganar la guerra, ¿por qué no sacrificar a una mujer en el altar? Estos son los argumentos que aduce el ejército en la tragedia de Eurípides, para convencer a Agamenón de que es su obligación sacrificar a su hija.

Ni en este caso, ni en ningún caso posterior, aparece el argumento de que Agamenón se habría liberado en el caso de no haber sacrificado a Ifigenia. ¿No se liberaron los griegos por el hecho de que conquistaron y destruyeron Troya? ¿No fue precisamente el sacrificio de su hija Ifigenia de parte del comandante Agamenón, lo que hizo posible la libertad de Grecia? Es cierto: Abraham, quien por fe no sacrifica a su hijo Isaac, jamás puede conquistar y destruir Troya. Si Agamenón hubiera sido un Abraham y los griegos hubieran aceptado esta fe, ellos no habrían conquistado Troya. ¿Valía la pena? Toda la tradición griega, cristiana y occidental, está firmemente convencida de que no había ninguna alternativa ni para Agamenón ni para los griegos. Esta

1) Esquilo, *La Orestíada*. Espasa. Buenos Aires, México, 1951, págs. 15-16.

2) Ver: Hinkelammert, Franz J., *La fe de Abraham y el Edipo Occidental*. Edit. DEI, San José, 1989.

convicción atestigua solamente que la propia tradición occidental, en su situación actual, tampoco acepta ninguna alternativa para este tipo de sacrificio humano. Además, la historia judía es una prueba: los judíos, al tener la fe de Abraham, apenas pueden sostener la tierra prometida y jamás son capaces de ganar ninguna guerra de conquista.

Si Agamenón se hubiera transformado en un Abraham, él habría sido una amenaza para Grecia y para todo el Occidente. Tendría que haberse fugado como Abraham, para buscar un Berseba. A pesar de toda la pretendida tradición judeo-cristiana, no he podido encontrar ni un solo autor que hubiera propuesto esta solución a Agamenón. Todos los siglos, hasta hoy, le gritan a Agamenón lemas para aguantar. Agamenón no debe ablandarse.

En el caso de Ifigenia, la situación es muy diferente. Nadie está contento con ella tal como Esquilo la presenta. Por tanto, a través de los siglos ella es cambiada y cada vez más civilizada y occidentalizada. Esta mujer salvaje, furiosa, gritona, que maldice a sus verdugos, es transformada en una sacerdotisa redentora que acepta voluntariamente su muerte sacrificial, y que se convierte al final en la Cristo-Ifigenia de Goethe.

Ello comienza con el gran iluminista griego, Eurípides. En su tragedia "Ifigenia en Aulide", cuando la madre de Ifigenia, Clitemnestra, se enfrenta con Agamenón porque jamás está dispuesta a aceptar el sacrificio de su hija, la misma Ifigenia se le pone en el camino:

Madre, escúchame: veo que te indignas en vano contra tu esposo... pero tú debes evitar las acusaciones del ejército... resuelta está mi muerte, y quiero que sea gloriosa, despojándome de toda innoble flaqueza... la Grecia entera tiene puestos en mí sus ojos, y en mi mano está que naveguen las naves y sea destruida la ciudad de los frigios... Todo lo remediaré mi muerte, y mi gloria será inmaculada, por haber libertado a la Grecia. Ni debo amar demasiado la vida, que me diste para bien de todos, no sólo para el tuyo. Muchos armados de escudos, muchos remeros vengadores de la ofensa hecha a su patria, acometerán memorables hazañas contra sus enemigos, y morirán por ella. ¿Y yo sola he de oponerme? ¿Es acaso justo? ¿Podremos resistirlo? *Un solo hombre es más digno de ver la luz que infinitas mujeres.* Y si Diana pide mi vida, ¿me opondré, simple mortal, a los deseos de una diosa? No puede ser. Doy, pues, mi vida en aras de la Grecia. *Matadme, pues; devastad a Troya.* He aquí el monumento que me recordará largo tiempo, esos mis hijos, esas mis bodas, esa toda mi gloria. Madre, los griegos han de dominar a los bárbaros, no los bárbaros a los griegos, que *esclavos son unos, libres los otros* (3).

3) Eurípides, "Ifigenia en Aulide". En: *Obras dramáticas de Eurípides*. Librería de los Sucesores de Hernando, Madrid, 1909, págs. 276-277. (énfasis del autor).

En Eurípides, Clitemnestra es la mujer salvaje, rabirosa y gritona, que maldice a los carniceros. La Clitemnestra de Eurípides es la Ifigenia de Esquilo. E Ifigenia, civilizada y domada, se levanta en contra de Clitemnestra, su madre. Ahora Ifigenia quiere ser sacrificada y se enfrenta a la madre que quiere impedirlo. Por tanto, la madre es su enemiga, no su padre. De hecho, la madre es la única persona razonable en esta euforia sacrificial. Sin embargo, Eurípides la ve como una loca, imposibilitada de darse cuenta del sentido del sacrificio, por lo que no está a la altura de su tiempo. Aparece como una egoísta y como una mujer viciosa. Después del regreso de Agamenón, de Troya, ella lo mata para tomar venganza por la muerte de su hija. Ella misma sostiene que ha tomado a un amante, Egisto, para poder vengarse de Agamenón. No obstante, toda la literatura posterior lo interpreta al revés y sostiene que ella mató a Agamenón, para poder seguir viviendo con su amante, Egisto.

En realidad, esta nueva Ifigenia, que se sacrifica a sí misma por amor a su patria, lleva a un salvajismo nuevo que es precisamente el salvajismo de la civilización occidental que se legitima por ella. Ya no se trata de la furia de una niña adolescente que se resiste a ser sacrificada. En el lugar de esta niña, que de por sí tiene razón, ha aparecido una dragona, que en nombre de su autosacrificio, está dispuesta a someter al mundo entero y destruirlo. La disposición al sacrificio por amor a su pueblo, se ha transformado en agresión en contra de todos los que no pertenecen a este pueblo, y por tanto, en contra de todos los que no tienen la más mínima responsabilidad en el hecho de que ella sea sacrificada. Al civilizarse Ifigenia y al aceptar ser sacrificada, ella se torna agresiva en contra de todo el mundo y se transforma en el motor de aquella agresión que su padre conduce como comandante en jefe:

Un solo hombre es más digno de ver la luz que infinitas mujeres... ¿me opondré, simple mortal, a los deseos de una diosa?... Matadme, pues; devastad a Troya... que esclavos son unos, libres los otros.

Ahora, como la Ifigenia civilizada, ella desarrolla el programa agresivo del Occidente. Además, tiene una clara idea de lo que es la soberbia frente a los dioses. Si rechazara su sacrificio, cometería un acto de soberbia, orgullo e hybres: un intento de ser como Dios. Se trata de aquello que por siglos se pronunciará: ¿quién es como Dios? ¿Quién tiene la razón de rechazar un sacrificio humano que el mismo Dios exige? Ifigenia habla, sin conocer el nombre, como el Ángel Miguel: "¿quién es como Dios?". Ella dice: "¿me opondré, simple mortal, a los deseos de una diosa?..." (4).

4) Los primeros cristianos reaccionaron en contra de esta visión de Dios, y la denunciaron como Bestia:

Esta Ifigenia ni siquiera puede entender la fe de Abraham, que consiste en no matar a su hijo. Desde el punto de vista de ella, la fe de Abraham es un acto de soberbia y de hybres, y junto con el Angel Miguel, le va a gritar a Abraham su: ¿quién como Dios? Si hoy un hombre como Topisch publica un libro con el título: *Ser como Dios por la revolución*, todavía nos llega la voz de la Ifigenia de Eurípides que manda a su madre, furiosa y gritona, Clitemnestra, al infierno: "Matadme, pues; devastad a Troya... que esclavos son unos, libres los otros", y, ¿no es un solo hombre más digno de ver la luz que infinitas mujeres? La libertad consiste en transformar a los otros en esclavos; un asunto de señores. Libertad no significa que nadie sea esclavo. Libertad significa poder hacer esclavos, y vencer.

"Y vi surgir del mar una Bestia que tenía diez cuernos y siete cabezas, y en sus cuernos diez diademas, y en sus cabezas títulos blasfemos. La Bestia que vi se parecía a un leopardo, con las patas como de oso, y las fauces como fauces de león; y el Dragón le dio su poder y su trono y gran poderío. Una de sus cabezas parecía herida de muerte, pero lallaga mortal se le curó; entonces la tierra entera siguió maravillada a la Bestia. Y se postraron ante el Dragón, porque había dado el poderío a la Bestia, y se postraron ante la Bestia diciendo: '¿Quién como la Bestia? ¿Y quién puede luchar contra ella?'" (Ap. 13, 1-4).

Por supuesto, no dijeron: "¿Quién como la Bestia?". El autor no quiere repetir la blasfemia. Lo que dijeron era: ¿Quién como Dios?, porque tenían a la Bestia como su Dios. El autor piadoso, en cambio, les imputa, lo que dicen en el fondo: ¿Quién como la Bestia?

En ningún texto del Nuevo Testamento se encuentra aquel Angel Miguel, quien grita el: ¿Quién como Dios? Es un invento de la Edad Media, la recuperación de la hibris griega en contra de la tradición judeo-cristiana. La dominación y la autoridad gritan el: ¿Quién como Dios? El Angel Miguel, dice lo siguiente:

"Miguel y sus ángeles combatieron contra el Monstruo. El Monstruo se defendía apoyado por sus ángeles, pero no pudieron resistir, y ya no hubo lugar para ellos en el cielo. Echaron, pues, al enorme Monstruo, a la Serpiente antigua, al Diablo o Satanás, como lo llaman, al seductor del mundo entero, lo echaron a la tierra y a sus ángeles con él... Fue arrojado el que acusaba a nuestros hermanos, el que día y noche los acusaba ante nuestro Dios... ¡Ay de ustedes, tierras y mares! Porque el diablo ha bajado a ustedes temblando de furor, al saber que sus días están contados" (Ap. 12,7-12).

El Angel Miguel, por tanto, grita: "Fue arrojado el que acusaba a nuestros hermanos, el que día y noche los acusaba ante nuestro Dios". ¿De qué acusó este Dragón a los cristianos? Evidentemente, los acusó de querer ser como Dios. Sin embargo, desde la Edad Media toda la ortodoxia cristiana grita con el Dragón y con la tradición greco-romana: ¿Quién como Dios? Pareciera que el Angel Miguel perdió esta batalla. Tendrá que salir de nuevo a pelear.

Cuando en Eurípides, dicen sus actores: "...¿me opondré, simple mortal, a los deseos de una diosa? ¿Quién se atreverá a pelear con tan poderosa deidad?", ¿no parecen ser cristianos quienes hablan? Pero, según el Apocalipsis por lo menos, habla la Bestia. También aquí es notable la inversión completa que ha ocurrido con el cristianismo. Algo parecido ha ocurrido con el nombre Lucifer, que fue originalmente un nombre de Cristo, y ha sido transformado en el nombre central del diablo. Ver Hinkelammert, Franz J., *Las armas ideológicas de la muerte*. Edit. DEI, 1981, págs. 225-226. El cristianismo ha expulsado sus orígenes, los interpreta como si fueran el infierno y lucha en contra de ellos, viendo en ellos al diablo.

Resulta un circuito sacrificial que comprende la sociedad entera. Para conquistar Troya, Agamenón sacrifica a su hija Ifigenia, cuyo sacrificio lo exige la diosa Minerva y el ejército. Agamenón se ha transformado en un héroe trágico, que tuvo que entregar a su hija para poder obedecer a su destino de conquistar Troya. Una vez sacrificada su hija, ya no tiene ninguna posibilidad de dar marcha atrás. Tiene que conquistar Troya o morir. Si regresara derrotado, él sería un simple asesino de niños. El sacrificio de Ifigenia habría sido en balde. Ella habría sido asesinada sin ningún sentido. El profeta que comunicó que la diosa Minerva exigía este sacrificio de Ifigenia como premio, habría sido un estafador y Minerva una diosa sin ningún poder. El cielo de los dioses de Grecia se habría derrumbado. Sacrificada su hija Ifigenia, Agamenón debía vencer sobre Troya para que el sacrificio se mostrara en su fertilidad. Si no vencía, el sacrificio habría sido en balde y toda la vida de Grecia perdería su sentido. Ahora Agamenón no luchaba solamente por Troya, sino por el sentido del sacrificio de su hija. El mata a Ifigenia, pero no se considera un asesino, sino que sostiene que la ha sacrificado. Por tanto, tiene que asesinar a Troya para no ser un asesino. Si eso no le resultara, el sacrificio de Ifigenia no tendría sentido y Agamenón no sería más que un simple asesino. Tendría que morir como asesino.

Una vez sacrificada su hija, él ha quemado todos los puentes tras de sí. Ha transformado la guerra de conquista en un problema de sentido, en un problema existencial de su propia cultura, la suya y la de todos los griegos. A través del sacrificio de su hija, resulta una situación en la cual el mundo entero perdería su sentido si Troya no fuera conquistada y destruida. El sacrificio de Ifigenia es el centro de la guerra de conquista; la victoria demuestra que su muerte fue efectivamente un sacrificio y no un asesinato, que el profeta es verdaderamente un profeta y que el Olimpo griego y la diosa Minerva realmente existen. El sacrificio pone todo en una sola carta. Si Agamenón no hubiera vencido, Ifigenia habría muerto en balde. Agamenón tenía que vencer para que Ifigenia no muriese sin sentido. Por eso, en la tragedia de Eurípides, Ifigenia tenía que consentir en ser sacrificada para llevar esa pregunta hasta su extremo. Por tanto, ella misma hace la pregunta por el sentido cuando dice: "Matadme, pues; devastad a Troya... que esclavos son unos, libres los otros". Ella afirma su sacrificio como un auto-sacrificio, no obstante, hace de la conquista de Troya la condición de su legitimidad. Posteriormente, como sacerdotisa con los tauros, siempre va a hacer primero esta pregunta: ¿cayó Troya? Si cayó, su muerte fue un sacrificio y no murió en balde.

Una vez hecho el sacrificio, la destrucción de Troya; es la única prueba posible de que se ha tratado efectivamente de un sacrificio legítimo. El sacrificio se hace fértil por la destrucción de Troya; sin esta

destrucción, Ifigenia habría muerto en balde. Por eso la denuncia unánime en contra de Clitemnestra. Esta niega el sentido del sacrificio de Ifigenia, pero con ello niega todo el sentido de Grecia. Sin embargo, si Agamenón hubiera perdido la guerra en contra de Troya, Clitemnestra habría tenido toda la razón al matarlo (5).

Eurípides termina su tragedia "Ifigenia en Aulide", con una suposición. Agamenón sacrifica a Ifigenia, no obstante, Minerva secuestra a Ifigenia sin que Agamenón lo note y pone en su lugar un animal de sacrificio. Para Minerva era suficiente la disposición de Ifigenia a sacrificarse y, por tanto, la historia de Ifigenia prosigue más allá de su sacrificio. Minerva lleva a Ifigenia a una isla salvaje de los tauros (hoy la Península del Krim). Allí llega a ser la sacerdotisa de Minerva en la corte de Thoante, el rey de los tauros. En esta su función, ella realiza un antiguo rito de los tauros que consiste en sacrificar a Minerva todos los extranjeros, y especialmente los griegos, que naufragan en las costas del país. Ahora ella, que fue sacrificada a Minerva, es la sacerdotisa que sacrifica a otros a la misma diosa.

Sin embargo, ahora ella aparece como una mujer que acusa a su padre y a todos los griegos:

Bien lo supe yo cuando mi padre, víctima de su destino, acercó a mi cerviz la espada (6).

¡Indigno, sí, indigno de un padre fue ese atentado! Pero los males se suceden unos a otros (7).

Sobre los griegos, dice: "Como quien detesta a toda la Grecia, que me perdió" (8).

Parece que ya no recuerda el hecho de que en Aulide, ella había consentido gustosamente a su sacrificio por la mano de su padre, Agamenón. Explica ahora el hecho de que sacrifica a griegos por la ley de los tauros:

...no era homicida mi mano, sino que (el sacrificado) moría en virtud de una ley justa en concepto de la diosa? (9).

Oblígame la necesidad, numen incontrastable (10).

Ifigenia se ha transformado en una furia, que se esconde detrás de una ley. Ahora sacrifica a los griegos, que la han sacrificado a ella.

Finalmente naufraga su hermano Orestes, junto con su amigo Pílates, en la costa de Taures. Orestes

5) En cuanto a esta situación, René Girard habla de la "crisis sacrificial". Ver: Girard, René, *La violencia y lo sagrado*. Anagrama, Barcelona, 1983. Del mismo autor: *El chivo expiatorio*. Anagrama, Barcelona, 1986.

6) Eurípides, "Ifigenia en Táuride". En: *Obras dramáticas de Eurípides*. Librería de los Sucesores de Hemando, Madrid, 1909, pág. 327.

7) *Ibid.*, pág. 328.

8) *Ibid.*, pág. 343.

9) *Ibid.*, pág. 314.

10) *Ibid.*, pág. 315.

asesinó a su madre Clitemnestra para vengar a su padre, quien había sido matado por Clitemnestra. Perseguido por las Euménidas, busca redención. Minerva le había prometido la redención en caso de que trajera a Atenas, la imagen de Minerva a la cual se sacrifica en Taures a los griegos.

Después de que los hermanos se reconocen, Orestes le pide ayuda a Ifigenia. Otra vez ella declara su disposición de sacrificarse a sí misma:

Pero nada rehuiré por salvarte, ni aun la muerte. Mucha falta hace a la familia el hombre que se muere; pero la mujer vale poco (11).

Junto con Orestes y con la imagen de Minerva se fuga al barco de éste, pero una tormenta impide su salida. El rey Thoante los espera en la costa para capturarlos y sacrificarlos. De nuevo, Ifigenia está frente a un rey que la quiere sacrificar. Otra vez interviene Minerva para salvarla del sacrificio. Minerva obliga a Thoante a dejar partir a Ifigenia. Thoante se somete a su voluntad: "¿Quién se atreverá a pelear con tan poderosa deidad?" (12). Sin embargo, tampoco renuncia a los sacrificios, y tampoco descubre ninguna libertad que consistiera en no sacrificar a ningún hombre. Se encuentra frente a otra ley de Minerva que esta vez le prohíbe el sacrificio, y se somete también a esta ley. En nombre de esta nueva ley, Minerva se pronuncia en contra de todos los sacrificios humanos:

Que sea ley en el pueblo, al solemnizar el aniversario de tu salvación, acercar la cuchilla a la cerviz de alguno, y que derramen alguna sangre; así tributaréis a la diosa religioso homenaje y no carecerá de los honores debidos (13).

El sacrificio humano sigue siendo legítimo, sólo que ahora está prohibido. No aparece la perspectiva de una libertad que consista en no sacrificar seres humanos.

Ifigenia ha salvado de las Euménidas, apoyada por Minerva, a su hermano Orestes. De esta manera, ha perdonado a su padre por haberla sacrificado y condenado a su madre que vengó su muerte sacrificial. Ha entrado completamente en el circuito del sacrificio humano, que ahora pierde su ropaje religioso. En su forma religiosa, el sacrificio humano es ahora simbolizado, mientras que en su forma real, es secularizado. Sin embargo, sigue ocurriendo igual que antes. La ley de Minerva que prohíbe los sacrificios humanos religiosos, prohíbe exclusivamente éstos. En su forma no religiosa, el sacrificio humano se mantiene porque no ha aparecido ninguna libertad que consista en no sacrificar hombres. La muerte de Sócrates es un sacrificio humano secularizado, pues

11) *Ibid.*, pág. 333.

12) *Ibid.*, pág. 355.

13) *Idem.*

no tiene ya ninguna forma religiosa. La polis lo condena en nombre de la ley, y él consiente ser sacrificado. El mismo lleva a cabo el sacrificio, como un auto-sacrificio, y toma voluntariamente el veneno que lo mata. Su muerte, no obstante, sigue siendo un sacrificio humano.

II. El Cristo de la ortodoxia medieval

En este mito griego de Ifigenia, hay obviamente elementos esenciales de la imagen medieval de Cristo. Cuanto más se desarrolló esta imagen de Cristo, tanto más tenía que aparecer a los cristianos la tradición griega como una *anima naturalita cristiana*. Si se pone al Dios padre en el lugar de Agamenón y a Cristo en el lugar de Ifigenia, resulta una relación que se acerca mucho a la imaginación medieval. Ciertamente, en ésta se trata de un padre que necesita este sacrificio de su hijo para que la humanidad pueda ser conciliada con él. El Dios que exige el sacrificio se ha transformado en el padre, y el sacrificio que exige es ahora su propio hijo. Eso ocurre para la redención de la humanidad de la justa ira del padre —de la ira por el hecho de que los hombres han violado la ley de Dios—, quien necesita una satisfacción suficientemente grande que solamente le puede dar la muerte de su propio hijo. Por tanto, éste se ofrece como cordero sacrificial. La propia justicia del padre le impide perdonar a los hombres, sin una satisfacción tal.

En este caso, el sacrificio puede tener lugar sin que haya un cambio parecido al que hizo Minerva con Ifigenia. En el último momento, Minerva sustituyó a Ifigenia por un animal de sacrificio para que ella le pudiera seguir sirviendo en Taures como sacerdotisa. Ahora el hijo es efectivamente sacrificado y muerto, pero vive su resurrección. Toda la relación sacrificial llegó a ser trascendente. La sacerdotisa Ifigenia en el país de los tauros, se ha transformado en el Cristo resucitado que también es sacerdote. Sin embargo, ahora se administra a sí mismo como su propio sacrificio. Cristo es ahora el sacerdote que no sacrificó algún animal o algún otro hombre, sino a sí mismo. Siendo Dios, este sacrificio tiene un valor infinito. Una vez realizado, este sacrificio, en el cual Cristo se ha hecho a sí mismo el cordero sacrificial, ya no puede haber otro sacrificio. Ningún otro sacrificio podría ser comparado con el suyo. Dios padre lo aceptó y ahora todos los hombres pueden ser conciliados con él. Del sacrificio de Cristo se sigue con necesidad implícita que solamente puede ser el último sacrificio de todos. Ningún otro podría ser aceptado por Dios, porque éste ha recibido la satisfacción que le corresponde.

No se trata de la abolición del sacrificio, sino al contrario, de su exaltación. Tiene la misma calidad que todos los sacrificios anteriores, pero a diferencia de ellos, posee un valor infinito. Aplasta a todos los

otros sacrificios porque es tan grande, que ya ningún otro tiene lugar al lado de él. Y este sacrificio ha sido aceptado por Dios. Esta es la teología medieval del sacrificio, la cual encontramos ya dibujada en la epístola más tardía del Nuevo Testamento, la Epístola a los Hebreos, que por mucho tiempo se ha imputado falsamente a San Pablo. En ésta se presenta un sacrificio que tiene un valor infinito, el cual reemplaza a todos los sacrificios pensables y que redime a la humanidad. Por tanto, ya la epístola sostiene que después del sacrificio de Cristo, no puede haber ningún sacrificio más. No obstante, esta imposibilidad de nuevos sacrificios es precisamente una consecuencia sacrificial. De hecho, no aparece la imaginación de un mundo sin sacrificios, sino de un mundo que ha sido llenado de un solo sacrificio de un valor infinito. Surge un mundo en el cual ya no queda ni un solo lugar que no sea sometido a este sacrificio. Sin embargo, surge la apariencia de un mundo en el cual había sacrificios, pero ya no los hay.

Se trata de un mundo sin sacrificios que se ha hecho real como consecuencia de la fertilidad infinita de un solo sacrificio: ese es el horizonte de la Edad Media. La fertilidad esencial de un sacrificio humano, en el cual el ser humano sacrificado es Dios, sigue siendo la base de esta imaginación de un mundo sin sacrificios. De esto se sacaba la consecuencia: nunca más debe haber otro sacrificio. Cada nuevo sacrificio sería una nueva crucifixión de Cristo. Así surge la imaginación de enemigos de Cristo y de Dios, que desprecian el sacrificio infinito de Cristo, que ensucian su sangre y que vuelven a crucificarlo, a Cristo porque no se someten al sacrificio de Cristo y no lo hacen fructífero para su propia vida.

De esta manera, la imaginación de una humanidad sin sacrificios se invierte y se transforma en una agresión en contra de aquellos que siguen haciendo otros sacrificios o que, de otra manera, desprecian la sangre de Cristo y que por tanto vuelven a crucificarlo. Ahora se trata de someter a estos enemigos de Cristo para crear una humanidad que no vuelva a crucificarlo, sustituyendo su sacrificio infinito por sacrificios nuevos y finitos. Cristo es transformado en el Señor de la historia, al cual pertenece todo, porque ha redimido todo:

Y, ciertamente, todo sacerdote (pre cristiano) está en pie, día tras día, oficiando y ofreciendo reiteradamente los mismos sacrificios, que nunca pueden borrar pecados. El (Cristo como Sumo Sacerdote), por el contrario, habiendo ofrecido por los pecados un solo sacrificio, se sentó a la diestra de Dios para siempre, esperando desde entonces hasta que sus enemigos sean puestos por escabel de sus pies. En efecto, mediante una sola oblación ha llevado a la perfección para siempre a los santificados. También el Espíritu Santo nos da testimonio de ello. Porque, después de haber dicho: 'Esta es la Alianza que pactaré con ellos después de aquellos días, dice el Señor:

pondré mis leyes en sus corazones y en su mente las grabaré', añade: 'y de sus pecados e iniquidades no me acordaré ya'. Ahora bien, donde hay remisión de estas cosas, ya no hay obediencia por el pecado (Heb. 10,11-18).

Pero, ¿qué están haciendo aquellos que vuelven a hacer sacrificios pre-cristianos?

Porque es imposible que cuantos fueron una vez iluminados, gustaron el don celestial y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo... y a pesar de todo cayeron, se renueven otra vez mediante la penitencia, pues crucifican por su parte de nuevo al Hijo de Dios y le exponen a pública infamia (Heb. 6, 4-6).

La idea de que aquellos que crucifican a Cristo, lo abandonan, no creen en él, recibe de esta manera un trasfondo extremadamente agresivo. Nunca más Cristo debe ser crucificado. No obstante, ellos lo vuelven a crucificar. Por lo tanto, se convierten en enemigos de Dios a los cuales se reprocha que están golpeando, latigando y ofendiendo a Cristo. No debe haber otro sacrificio, sin embargo ellos sacrifican de nuevo a Cristo. Precisamente, si realizan sacrificios de tipo pre-cristiano, eso se considera una nueva crucifixión de Cristo:

Porque si voluntariamente pecamos después de haber recibido el pleno conocimiento de la verdad, ya no queda sacrificio por los pecados, sino la terrible espera del juicio y la furia del fuego pronto a devorar a los rebeldes. Si alguno viola la ley de Moisés es condenado a muerte sin compasión, por la declaración de dos o tres testigos. ¿Cuánto más grave castigo pensáis que merecerá el que pisoteó al Hijo de Dios, y tuvo como profana la sangre de la Alianza que le santificó, y ultrajó al Espíritu de la gracia? Pues conocemos al que dijo: 'Mía es la venganza, yo daré lo merecido'. Y también: 'El Señor juzgará a su pueblo' ¡Es tremendo caer en las manos del Dios vivo! (Heb. 10, 26-31).

En realidad, es tremendo que sea tremendo caer en las manos del Dios vivo. Lo que se anuncia aquí es la crucifixión de los crucificadores, el instrumento central de dominación del imperio cristiano. Esta Epístola a los Hebreos, interpreta en forma extrema la fe de Abraham como disposición a matar a su hijo Isaac. Se trata de la misma epístola en la cual, entre los ejemplos de fe viva, es destacado Jefe (Heb. 11, 32-34), quien sacrifica a su hija en gratitud por una victoria en la guerra. Esta historia de Jefe pareciera una réplica del sacrificio de Ifigenia por Agamenón.

Ciertamente, la Epístola a los Hebreos se escribe cuando el cristianismo todavía no es religión imperial, sino que es perseguido por el imperio. Por eso se dirige sobre todo en contra de los desertores. Pero a medida que el imperio se cristianiza, éste asume

precisamente estas ideas para interpretarlas desde su punto de vista. Además, es probable que el imperio se cristianiza justamente por el hecho de que puede asumir estas ideas y convertirlas en una ideología imperial. De esta forma, el cristianismo permite una legitimación completamente nueva del poder imperial.

Ahora el imperio lucha en contra de todos los que se le resisten, en cuanto crucificadores de Cristo. Todo lo que no está sometido al poder del imperio, es transformado en crucificador de Cristo para ser crucificado como crucificador. La crucifixión de los crucificadores da una legitimación insospechada a la agresividad imperial, con la cual no contaba el imperio romano y que transforma al cristianismo en un instrumento tan apreciable para el poder imperial. Ahora, el mismo imperio lucha por un mundo en el cual ya no hay sacrificios. Aquellos en contra de los cuales lucha, siguen haciendo sacrificios, y por tanto, desprecian la sangre de Cristo. Después de declarar tremendo caer en las manos del Dios vivo, resultó más tremendo aún caer en las manos de sus vicarios en la tierra, en las manos del imperio cristiano.

Por tanto, retornan en la Edad Media los sacrificios humanos, precisamente para que no haya más sacrificios humanos. Todos los enemigos son considerados crucificadores que realizan sacrificios humanos. Consecuentemente, tienen que morir para que no haya tales sacrificios. Aparecen las hogueras, en las cuales se quema a aquellos que siguen crucificando a Cristo y siguen haciendo otros sacrificios. Se trata de hogueras que se hacen delante de las catedrales, y cuando sube la llama, los creyentes cantan el *Te Deum*. Ni siquiera notan que están realizando sacrificios humanos, sin ninguna secularización y en forma religiosa. No obstante, creen estar realizando un mundo sin sacrificios humanos. Los ejércitos del imperio cristiano estaban todo el tiempo dedicados a crucificar crucificadores y, de esta manera, aumentar el imperio. Cuando descubrieron América, constataron que en aquellas culturas se realizaban sacrificios humanos. Por consiguiente, se fueron a impedirlos sacrificando frente a sus catedrales a aquellos que cometían sacrificios humanos, cantando el *Te Deum*. De nuevo, a pocos se les ocurrió que se estaban realizando sacrificios humanos para que no hubiera más sacrificios humanos (14).

14) Ver Gutiérrez, Gustavo, *Dios o el oro en las Indias*. CEP, Lima, 1989. Gutiérrez es uno de los pocos que ha elaborado el papel que esta antisacrificialidad sacrificial ha jugado en la conquista de América. Lo demuestra especialmente en el enfrentamiento de García de Toledo con Bartolomé de las Casas. Según García de Toledo:

"El éxito de la campaña lascasita —en la que se embarcaban engañados 'todos los teólogos'— habría significado el regreso al primer engaño, a la idolatría. Comenta escandalizado el autor: 'miren qué treta tan delicada oara tomar a echar las nieblas de la infidelidad y idolatría y sacrificios de hombres, y comer carne humana y vivir con bestias.'" (pág. 66). Según Gutiérrez, Sarmiento de Gamboa insiste todavía mucho más en eso. Como

En la conciencia de los ejércitos cristianos, se trataba justamente de la lucha final en contra de los sacrificios humanos, en contra de aquellos que vuelven a crucificar a Cristo. Se trataba de una lucha para no perder la fertilidad del sacrificio infinitamente valioso de Cristo. Para que el sacrificio de Cristo no perdiera su valor infinito de asegurar que nunca más hubiera sacrificios humanos, se pasaba al sacrificio humano (15).

Nuevamente se cierra el circuito sacrificial, aunque sea en una perspectiva trascendente. Se ha realizado un sacrificio, y éste no debe haber sido en balde. El sacrificado murió por la salud del mundo entero. Murió en balde en el caso de que no traiga la salud al mundo entero. Aquellos que desprecian la sangre de este sacrificio infinito, quieren que su sacrificio sea en balde. Pero, si murió sin sentido, entonces todo es una gran mentira. El hecho del sacrificio hace que no haya vuelta atrás, y que todos los puentes estén quemados. Ya no se trata solamente de Troya: ahora hay que conquistar el mundo entero, para que Cristo no haya muerto sin sentido. Si hubiera muerto sin sentido, no habría Dios; él resultaría ser un gran fraude porque ya no podemos saber para qué vivimos. Los que no creen en Dios quieren que este sacrificio infinito sea en balde, y que Dios sea un simple asesino de su hijo. Hay que conquistar el mundo entero para demostrar que Dios existe. Para que el sacrificio tenga sentido, hace falta comprobar que lo tiene. La conquista del mundo entero es la prueba de que el sacrificio ha tenido sentido. Así también, de la boca de este Cristo de la ortodoxia medieval, grita la Ifigenia cristianizada: "Matadme, pues; devastad a Troya... que esclavos son unos, libres los otros".

Sin embargo, la fe de Abraham no era la fe en un sacrificio original con una fertilidad tal que aplasta a todos los otros sacrificios, sino un mundo sin sacrificio, y por tanto, sin sacrificio original también. En la Edad Media pareciera no existir esta fe de Abraham. No obstante, sigue existiendo; sólo que se la ha trasladado al infierno bajo el nombre de Lucifer. En realidad, la Edad Media lucha en contra de esta fe de Abraham, que es a la vez la fe de Jesús. Se la considera una fe judía, y la lucha en contra de ella, lleva al odio a los judíos. Sobre esto dice Friedrich Heer:

El odio asesino a los judíos de parte de los cristianos desde el siglo IV al siglo XX, se dirige

resultado, la idolatría del oro de los conquistadores surge a la sombra de esta su aparente anti-idolatría. Son los conquistadores quienes realizan sacrificios humanos. Sin embargo, los interpretan y los viven como si fueran acciones en contra de la idolatría y de los sacrificios humanos.

15) Creo que René Girard no ve esta inversión del sacrificio humano, lo que lo lleva a creer que con el cristianismo, efectivamente empezó un sociedad sin sacrificios. Ciertamente, eso está en su origen. No obstante, la inversión reconstituyó el sacrificio. Es un sacrificio en el cual el "chivo expiatorio" pierde el carácter de sagrado y es transformado en pura negación, mientras el sacrificio se hace invisible para los propios sacrificadores.

en su dimensión más profunda en contra del judío Jesús, del cual los cristianos desesperan, al cual odian, al cual responsabilizan —junto con el diablo y los judíos— por la carga pesada de la historia. En miles de imágenes el judío Jesús es mortificado: el Kirios, el Truchfin... el emperador celestial y el rey celestial Cristo, tienen rasgos imperiales, papales, reales y de Júpiter. Eso vale todavía para Miguel Ángel. El judío Jesús tiene la culpa... Un análisis de psicología profunda de teólogos y legos cristianos y de conductores de la iglesia, muchas veces daría la visión de este abismo en la profundidad del alma donde se oye al judío Jesús. El judío Jesús que es sustituido por la segunda persona divina, el emperador celestial, el Kirios, el Dios Jesucristo (16).

Este judío Jesús es precisamente el Jesús con la fe de Abraham, es el verdadero adversario del cristiano que lucha en contra de él en su propio mundo. Todos aquellos que el imperio crucifica como crucificadores de Cristo, son justamente aquellos en cuyo nombre Jesús actuó. La agresividad y actividad desarrollada por el imperio cristiano es la consecuencia del hecho de que lucha en contra de esta fe, diabolizándola. Por esta razón, la fe de Abraham no está ausente. Las fuerzas del imperio aparecen solamente porque están luchando en contra de esta fe.

La población judía no encuentra ninguna respuesta. Es encerrada en el *ghetto*, y en el *ghetto* se encierra a sí misma. Aparece una mística del sufrimiento que no permite ninguna salida, excepto una muy alejada esperanza de una venganza de Dios, que ni es anunciada firmemente ni anticipada de ninguna forma. Aparece una perspectiva infinita del sufrimiento que, por su parte, produce un sentido de culpa que se dirige más bien en contra de sí mismos.

Micha Josef bin Gorion, en sus leyendas judías bíblicas describe un cuento legendario del sacrificio de Isaac, que representa esta situación (17). No dice de qué tiempo es esta leyenda, pero hay pocas dudas de que provenga de la Edad Media.

Muestra a Abraham con Isaac, al subir al monte Moriah. Ellos encuentran a Satanás, que los trata de seducir con las siguientes palabras:

Jamás Dios ofenderá a un hombre de una manera tal que le diga: anda y mata a tu hijo.

Como se ve, la tentación de Satanás es lo contrario de lo que es la tentación de Abraham, según la Biblia. En ésta la tentación de Abraham es el peligro de creer que la exigencia del sacrificio de su hijo podría venir de Dios. Ahora sin embargo, la tentación es tener la

16) Heer, Friedrich, *Gottes erste Liebe. Die Juden im Spannungsfeld der Geschichte*. Ullstein Sachbuch, Frankfurt/Berlin 1986, S. 548.

17) Micha Josef bin Gorion, *Sagen der Juden zur Bibel*. Insel, Frankfurt /M., 1980. "Von der Opferung Isaaks" (S.113-121).

fe de Abraham y creer que la exigencia de sacrificar a su hijo, pueda ser una exigencia de Dios. En la leyenda, Abraham resiste a la tentación de rechazar el sacrificio de su hijo.

Se puede entender la razón: está en juego el sentido del sufrimiento de estos judíos. Viven de un *pogrom* al otro, no obstante, creen a la vez ser los hijos de Dios y de Abraham. Por tanto, su sufrimiento no puede ser sino la voluntad de Dios. Dios sacrifica a sus hijos, Abraham sacrifica a su hijo. Pero lo único que tienen es la fe en el Dios de Abraham. Por consiguiente, sacan la conclusión: la tentación es creer que Dios no pueda hacer eso. Sin embargo, eso significa que la tentación de Abraham sea creer que Dios no pueda exigir el sacrificio de Isaac. Ellos insisten en que su sufrimiento viene de Dios.

Se puede entender esto, si bien nos lleva a la renuncia a cualquier resistencia que habría resultado de la fe de Abraham. De hecho, renuncian a la fe de Abraham que consistía en no matar a su hijo. Parecen arrollados en su alma por el cristianismo medieval, con el resultado de que ya ni siquiera pueden pensar su propia libertad. Consecuentemente, asumen una interpretación del sacrificio de Isaac que viene precisamente del cristianismo, y que es la dominante en la Edad Media cristiana.

La leyenda cuenta la historia del sacrificio desde esta perspectiva:

Al tercer día Abraham levantó sus ojos y vio desde lejos el lugar que Dios le había señalado; por encima había una columna de fuego que llegaba de la tierra hasta el cielo y una nube que estaba sobre el cerro encubrió la magnificencia de Dios... Abraham se dio cuenta de que a Dios le agradaba su hijo Isaac como holocausto.

Cuando Isaac pregunta dónde está el animal para el sacrificio, Abraham le contesta:

Mi hijo, el Señor te ha escogido para que tú seas el sacrificio inocente en lugar del cordero. Isaac dijo: 'todo lo que el Señor ordenó lo voy a hacer con alegría y valentía'. Y Abraham siguió diciendo: 'mi hijo, confiesa abiertamente si no hay en tu corazón algún pensamiento en contra de esta orden y si tú no tratas de encontrar alguna salida'. Isaac contestó a su padre Abraham y dijo: 'por el Dios vivo... ninguna pierna de mis piernas, ninguna parte de mi carne tiembla delante de esta palabra, no tengo ningún mal pensamiento, mi corazón es alegre y valiente y quisiera decir: alabado el Señor que hoy me escogió a mí como holocausto'.

Abraham se alegraba mucho de estas palabras de Isaac... Isaac dijo a su padre: 'Amárrame firmemente, padre, y encadéname y después ponme en el altar para que no me mueva y no me safe cuando el cuchillo entre en mi carne y para que no blasfeme al altar del holocausto... rápido, padre, apúrate y realiza en mí la voluntad del

Señor, nuestro Dios'. Los corazones de Abraham e Isaac se alegraban: el ojo lloraba amargamente, pero el corazón estaba alegre.

Después que Dios había impedido el sacrificio y Abraham había sacrificado a un animal en lugar de su hijo, regó "el altar con la sangre del cordero y dijo: 'eso por mi hijo, esta sangre sea aceptada por el Señor como si fuera la sangre de mi hijo'".

Lo que aquí se dice sobre Isaac, es la idea de perfección de estos judíos enfrentados al estallido del *pogrom*. No quieren dudar de su Dios. Por eso no ven ninguna otra salida, sino mirar esta muerte como si viniera de la mano de Dios. Por tanto, la ven como un castigo de sus pecados, aunque ni ellos mismos tienen la más mínima idea de qué pecados se podría tratar.

Poliakov cita un texto que viene de este tiempo de la Edad Media, y que expresa esta resignación:

Ningún profeta, ningún sabio y ningún científico puede entender por qué los pecados de la comunidad (judía) fueron considerados tan graves como si hubieran derramado sangre, así que solamente la muerte podría dar la satisfacción. Sin embargo, ¡él es verdaderamente un juez justo y la culpa la tenemos nosotros! Nuestros pecados hicieron posible el triunfo del enemigo; la mano pesada del Señor está sobre su pueblo (18).

Esto precisamente lleva a la aceptación de la interpretación del sacrificio de Isaac de la Edad Media cristiana, que mueve la persecución cristiana a la cual se ven enfrentados. Una oración judía de este tiempo, igualmente citada por Poliakov, puede demostrar eso.

La sangre de los justos sea nuestro mérito y nuestra satisfacción, para nosotros, para nuestros hijos y para nuestros nietos por toda la eternidad, como el sacrificio de Abraham, quien encadenó a su hijo Isaac al altar para el sacrificio. Que los puros, estos perfectos y justos, sean nuestros intercesores delante del Dios eterno y que nos libere pronto de nuestro cautiverio... Amén (19).

Esta oración tiene el mismo sentido de la leyenda citada anteriormente. Abraham sacrifica a Isaac e Isaac se sacrifica a sí mismo, en cuanto que asume este sacrificio en su propia voluntad. Al hacer eso, surge una lógica del sacrificio. Obviamente, este Isaac es visiblemente parecido a la Ifigenia en Aulide de Eurípides y al Cristo medieval. No tiene ninguna relación con el sacrificio abrahámico de Isaac. Lo que era la libertad de Abraham, ni siquiera para los judíos sigue siendo algo posible dentro de su conciencia.

18) Poliakov, Léon, *Geschichte des Antisemitismus*. Worms, 1979, I. Von der Antike bis zu den Kreuzzügen. I, S.81.

19) *Idem*.

Sin embargo, los judíos no orientan su mística sacrificial agresivamente hacia afuera, como ocurre en el cristianismo. Este, al interpretar la muerte sacrificial de Cristo como redención de la humanidad, crea la necesidad de hacer fértil esa muerte sacrificial para todos los hombres. En consecuencia, se dirige en contra de todos aquellos que desprecian la sangre de Jesús en esta su muerte sacrificial. Como denominador común para todos estos enemigos, que siguen crucificando a Cristo, se elige a los judíos, con el resultado de que esta agresividad se dirige primariamente en contra de ellos. Los judíos no crean una agresividad contraria, sino que dirigen la agresividad resultante del sacrificio en contra de sí mismos.

La leyenda citada con la situación de Isaac, en la cual éste espera alegremente el cuchillo del padre, interpreta la autodestrucción frente a una amenaza en relación a la cual no se saben comportar. Toda esta situación sacrificial, no obstante, ya implica aquella actuación en la cual comunidades judías enteras cometen suicidio colectivo frente al estallido del *pogrom*, matándose mutuamente, inclusive a sus hijos. Mutuamente se comportan a la vez como Abraham e Isaac.

Poliakov describe esta situación de la manera siguiente:

Especialmente el sacrificio de niños que fueron matados por sus propios padres, es comparado con el sacrificio ofrecido por Abraham; la historia del patriarca y de su hijo se transforma, bajo el nombre de la Akeda (sacrificio de Isaac), en el símbolo del martirio judío. En uno de los lugares más trágicos de la crónica de Salomo-Bar-Simeon se cuenta como Isaac el Pío de Worms, fue bautizado forzosamente. En la noche lleva a sus dos hijos a la sinagoga, los degolla en el altar, vuelve a la casa para prenderle fuego, después regresa a la sinagoga, la incendia y muere él mismo en las llamas (20).

Se trata de una destrucción interior que sigue la única respuesta a la agresividad cristiana orientada hacia afuera. El mismo sacrificio que el cristianismo dirige agresivamente en contra de los judíos, éstos lo dirigen en contra de sí mismos, internalizándolo. Se trata de una destrucción interna, que paraliza y que añade al *ghetto* impuesto desde el exterior, un *ghetto* autoimpuesto. Cuando el cristianismo es traído por la fuerza a América, provoca en la población aborigen una paralización interna análoga.

De esta forma, la *Ifigenia* de Eurípides es cristianizada y traducida al lenguaje religioso de la Edad Media. Ya no se trata de la *Ifigenia* que en el país de los tauros sacrifica a los griegos por odio en contra de Grecia. Ella se ha transformado en el Cristo, en cuyo nombre se sacrifica a los seres humanos por amor,

20) *Ibid.*, S.82.

mientras el imperio cristiano lucha por un mundo sin sacrificios humanos. Ambos realizan sacrificios humanos, pero su sentido se ha invertido. Eso explica el que la *Ifigenia* cristiana no tenga ni la más mínima conciencia del hecho de que realiza sacrificios humanos. Por consiguiente, su conciencia no reacciona en contra. Su conciencia la empuja más bien a la realización de estos sacrificios humanos. Aparece así un cristianismo que por razones de conciencia, no puede renunciar al sacrificio humano. Se ha creado verdaderamente una *Cristo-Ifigenia*.

III. La *Ifigenia* burguesa

El imperio cristiano encuentra su lógica en la expansión por la crucifixión de crucificadores, que es llamada cruzada. Desde el siglo XVI en adelante, esta lógica es reemplazada cada vez más por la lógica de la sociedad burguesa, que la burguesía de los siglos XVI y XVII vive e interpreta como ley de Dios en el sentido del "pondré mis leyes en sus corazones y en sus mentes las grabaré, y de sus pecados e iniquidades no me acordaré ya". Se trata de la ley del mercado, que por lo menos a partir de John Locke, es asumido a la vez como una ley de Dios en este sentido y como ley natural. El imperio es ahora burgués y llega a ser el representante de esta ley natural. Ya no le es imprescindible el manto cristiano y se puede secularizar a partir de esta ley natural.

1. La secularización del cielo mítico de la Edad Media

Los pensadores burgueses de este tiempo dicen que el mismo Dios escribió esta ley en el corazón del hombre. La secularización burguesa del cielo mítico de la Edad Media por la Iluminación continuará con estos mitos, dándoles una forma secularizada y organizándolos alrededor de la ley natural. La secularización da al mundo mítico medieval una forma tal, que éste pierde su carácter religioso y parece ser el resultado de la razón misma. En esta forma, sin embargo, se mantiene y se universaliza más allá de las fronteras de la vigencia de la religión cristiana. La colonización portuguesa y española es cristiana; la inglesa y todas las posteriores ya no lo son, y no necesitan serlo. Dándole al mundo mítico una forma secular, y vinculándolo con la ley natural burguesa, la forma religiosa sobra, aunque se la use complementariamente y se la pueda usar.

En lugar del Lucifer-Satanás aparece el caos, y la ley natural, que no es más que la ley del mercado, lucha en contra de este caos. El caos tiene todas las características de este Lucifer-Satanás, y algunas más aún. La ley natural salva del caos, que muchas veces sigue llevando el nombre de Lucifer. Hoy todo el mundo sabe que Lucifer es el caos, y que el caos

se llama Lucifer. Lo que todo el mundo no sabe, es que Lucifer es uno de los nombres más primitivos de Jesús. No se lo quiere saber tampoco, porque no se quiere saber que el mismo Jesús de Nazareth ha sido sumergido en este caos, aquel Jesús al cual Friedrich Heer llamaba el judío Jesús. Sigue en el infierno, a pesar de que éste ha sido secularizado como caos.

La ley natural, como ley del mercado, mantiene en jaque al caos. En todas partes donde se ve amenazada, se ve la amenaza de este caos, y con eso la amenaza de la despotía. El caos lleva a la despotía, que no es más que un caos ordenado. No obstante, despotía es cualquier resistencia en contra de las leyes del mercado o cualquier intento de intervenir en ellas. Aparece una nueva ley de Dios, secularizada como ley natural, que sustituye la ley religiosa del imperio cristiano medieval. Ahora, todos aquellos que no viven bajo la ley del mercado o que ejercen resistencia en contra de ella, son considerados como enemigos de la humanidad —Locke dice sobre todo: enemigos de la especie humana—, como lo eran en la Edad Media los que despreciaban la sangre de Cristo. Mientras en la Edad Media se crucificaba a los hombres que resistían al poder dominante por ser crucificadores, se dice ahora: despotía para los que quieren la despotía, esclavitud para aquellos que nos quieren hacer esclavos, muerte para aquellos que nos quieren matar. John Locke fue el primero que formuló esta inversión, y sigue siendo el clásico de esta secularización; después lo dice San Justo: ninguna libertad para los enemigos de la libertad. También Popper lo dice: ninguna tolerancia para los intolerantes. Y siempre son aquellos que no quieren vivir bajo la ley del mercado, o resisten a ella, los que quieren instaurar la despotía, los que nos quieren hacer esclavos, los que nos quieren matar, los que son intolerantes. Por tanto, se concluye que hay que someterlos a ellos precisamente a la despotía, hacerlos esclavos, matarlos, quitarles la libertad y ser intolerantes. John Locke conoce tres poderes legítimos: el poder patriarcal en la familia, el poder político en el Estado y el poder despótico frente a todos los que no tienen propiedad, especialmente los esclavos (21).

La despotía es todo lo que no se somete a las leyes del mercado, todas las sociedades que no son repúbli-

21) "Tenemos pues, que la Naturaleza otorga el *primero de estos poderes, el paternal*, al padre y a la madre, en beneficio de sus hijos, durante la minoría de edad de estos, a fin de que esos padres suplan la falta de habilidad y de inteligencia para disponer de sus propiedades. (Aquí, como en otros lugares, debe tenerse presente que yo me refiero a la *propiedad que los hombres tienen sobre sus personas y sobre sus bienes*). Un acuerdo mutuo otorga el segundo poder, el *poder político*, a los gobernantes, en beneficio de sus súbditos, para conseguirles la seguridad en la posesión y el disfrute de sus propiedades. Por último, el secuestro o pérdida de la libertad otorga el tercero, el *poder despótico*, a los amos, para su propio beneficio sobre aquellos que se encuentran privados de toda propiedad." John Locke, *Ensayo sobre el gobierno civil*. Aguilar, Madrid, 1969, §173.

cas del mercado. El poder despótico legítimo es un poder absoluto y sin leyes, necesario para poner en jaque esta otra despotía. Para John Locke y Adam Smith, prácticamente todos los países del mundo, excepto Inglaterra, son países despóticos. Los indios de América del Norte, los africanos de toda África, todas las sociedades asiáticas, son despotías ilegítimas. El poder despótico de los países libres, es un poder legítimo frente a ellos. Una contra-despotía que destruirá todas las despotías (22). Adam Smith no tiene ni una duda de que el poder despótico ejercido por la burguesía, es incluso más despótico que las despotías que él quiere superar. Sin embargo, siendo la despotía de la libertad, es una despotía preferible. En consecuencia, puede decir:

Por poca que sea la protección que las leyes dispensen a los esclavos contra la violencia de sus señores, mucho más fácil ha de ser la ejecución de aquella ley favorable en donde el gobierno se maneja de un modo monárquico, que donde se aproxima más al estado republicano. En cualquier parte en que se halle establecida la inhumana ley de esclavitud, el magistrado a cuyo cargo está la protección de los siervos viene a mezclarse de un modo indirecto en el manejo económico de las haciendas del señor de ellos; y en un país libre, en que este amo es miembro de la Asamblea, o uno de los electores de tales miembros, el magistrado no se atreve a proteger al esclavo sino con mucha timidez y precaución, determinando estos respetos que suele verse obligado a guardar, que aquella protección sea tibia y a veces absolutamente desatendida (23).

Da un ejemplo impresionante:

Habiendo mandado Vedio Pollion, en presencia de Augusto, que hiciesen pedazos a un esclavo suyo por una leve falta que había cometido, y le arrojasen a un estanque para que fuese pasto de los peces, le mandó aquel Emperador, lleno de indignación, que inmediatamente emancipase no sólo a aquel esclavo, sino a cuantos tuviese bajo su dominio. En tiempo de la República nunca hubo magistrado con bastante autoridad para proteger a un siervo contra las iras de su señor, y mucho menos para castigar a éste por semejantes violencias (24).

Se necesita el argumento del progreso para poder presentar a la sociedad libre como la mejor. Smith se siente tan seguro del efecto de este progreso, que ni siquiera le inquieta el hecho, subrayado por él mismo,

22) Ver Gallardo, Helio, "La Revolución Francesa y el pensamiento político", en: *Pasos* (DEI), Nr. 26, 1989.

23) Smith, Adam, *La riqueza de las naciones*. Editorial Bosch, Barcelona, 1983. Reproducida por UACA, San José, Costa Rica, 1986. Tomo II, págs. 361-362.

24) *Ibid.*, pág. 362.

de que la contra-despotía del país libre sea más despótica que el despotismo al cual se trata de superar. En la perspectiva de este progreso, no habrá ya ningún despotismo.

La ley absoluta del mercado en su confrontación con el caos, por tanto, lleva a la idea de la armonía, y a través de ésta, al progreso. En conjunto, las ideas de la armonía del mercado y del progreso, secularizan el cielo de la Edad Media. Se transforman en el contra-peso de los sacrificios humanos, que el poder despótico de la ley natural del mercado exige para poder suprimir el caos.

Adam Smith nos introduce en este circuito:

En una sociedad civil, sólo entre las gentes de inferior clase del pueblo puede la escasez de alimentos poner límite a la multiplicación de la especie humana, y esto no puede verificarse de otro modo que destruyendo aquella escasez una gran parte de los hijos que producen sus fecundos matrimonios... Así como la escasez de hombres, al modo que las mercaderías, regula necesariamente la producción de la especie humana: la aviva cuando va lenta y la contiene cuando se aviva demasiado. Esta misma demanda de hombres, o solicitud y busca de manos trabajadoras que hacen falta para el trabajo, es la que regula y determina el estado de propagación, en el orden civil, en todos los países del mundo: en la América Septentrional, en la Europa y en la China (25).

Describe los sacrificios humanos que la sociedad burguesa tiene que realizar para superar aquella despotía, a la cual la sociedad burguesa considera como tiranía que realiza sacrificios humanos. Sus propios sacrificios los ve como anti-sacrificios, esto es, como sacrificios que aseguran que finalmente ya no habrá más sacrificios. A la vez, se trata de sacrificios que aseguran el progreso y se justifican mediante él. Hayek expone abiertamente este caso de sacrificio:

Una sociedad libre requiere de ciertas morales que en última instancia se reducen a la mantención de vidas: no a la mantención de todas las vidas, porque podría ser necesario sacrificar vidas individuales para preservar un número mayor de otras vidas. Por lo tanto, las únicas reglas morales son las que llevan al 'cálculo de vidas': la propiedad y el contrato (26).

Este pensamiento sacrificial es muy general en la sociedad burguesa. El mismo Nietzsche lo expone:

¿Consistirá para nosotros la esencia de lo verdaderamente moral en considerar las consecuencias próximas e inmediatas que pueden te-

ner nuestros actos para los demás hombres y decidir nuestra conducta con arreglo a estas consecuencias? ...Esta es una moral estrecha y burguesa; pero todavía es una moral. Me parece que respondería a una idea superior y más perspicaz, el mirar más allá de esas consecuencias inmediatas para el prójimo, a fin de alentar designios de mayor alcance, a riesgo de hacer padecer a los demás, verbigracia ...Admitiendo que tengamos para con nosotros mismos espíritu de sacrificio, ¿qué razón ha de impedirnos sacrificar al prójimo con nosotros mismos, cómo han hecho hasta ahora los Estados y los monarcas, sacrificando al ciudadano, 'por el interés general', como solía decirse? Nosotros tenemos también intereses generales, y acaso son los intereses más generales. ¿Por qué no ha de haber derecho a sacrificar algunos individuos de la generación presente en utilidad de las generaciones futuras, si sus penas, sus inquietudes, sus desesperaciones, sus vacilaciones y sus errores fuesen necesarios para que una nueva reja de arado abriese surcos en el suelo y le tomara fecundo para todos? ...Con el sacrificio—en el cual nos incluimos todos, lo mismo nosotros que el prójimo—fortaleceríamos y elevaríamos el sentimiento del poder humano, aun suponiendo que no lográsemos más. Esto sería ya un aumento positivo de la dicha (27).

La imagen de progreso subyacente, la describió ya John Locke. Dice sobre las obras del progreso técnico y económico:

Estoy de acuerdo en que la observación de estas obras nos da la ocasión de admirar, reverenciar y glorificar a su Autor: y, dirigidas adecuadamente, podrían ser de mayor beneficio para la humanidad que los monumentos de caridad ejemplar que con tanto esfuerzo han sido levantados por los fundadores de hospitales y asilos. Aquél que inventó por primera vez la imprenta, descubrió la brújula, o hizo público la virtud y el uso correcto de la quinina, hizo más por la propagación del conocimiento, por la oferta y el crecimiento de bienes de uso y salvó más gente de la tumba, que aquellos que construyeron colegios, casas de trabajo u hospitales (28).

De esta manera, el sacrificio humano que realiza la sociedad burguesa recibe dos referencias. Por un lado, se trata de un anti-sacrificio, a través del cual los sacrificios que produce el despotismo se hacen fértiles para la sociedad burguesa. Por otro lado, se

25) *Ibid.*, Tomo I, pág. 124. (Libro I, Cap. VIII: De los salarios del trabajo. Sección II: págs. 118-133).

26) *El Mercurio*, 19-4-81, Santiago de Chile. Entrevista. Hayek concede esta entrevista con ocasión de su visita a Chile para participar en un congreso de la sociedad de Mont Pellerin.

27) Nietzsche, Friedrich, *Obras inmortales*. Visión Libros, Teorema, Barcelona, 1985, Tomo II, págs. 712-713. Nietzsche no critica aquel progreso, que precisamente habría que criticar. El progreso, como lo conciben Locke y Smith, es sostenido también por Nietzsche. Lo que éste critica, es exclusivamente la orientación del progreso con referencia al universalismo ético.

28) John Locke, *An Essay concerning Human Understanding*. 2 volumes, Dover, New York, 1959, Tomo II, pág. 352. Traducción del autor.

trata de sacrificios necesarios para hacer posible un progreso, cuya consecuencia sería que la vida humana será siempre más respetada. Todos estos sacrificios son presentados como sacrificios, mediante los cuales surgirá una sociedad sin sacrificios. Por esta razón, Hayek puede decir que la sociedad burguesa exige unos “poderes absolutos que deberían usarse justamente, para evitar y limitar todo poder absoluto en el futuro” (29).

Esto lleva al circuito sacrificial en su forma burguesa. La sociedad burguesa obedece a un sacrificio original realizado por todas las despotías de la historia, considerando a todas las sociedades no burguesas como despotías. Se trata de un sacrificio original, no realizado por la sociedad burguesa, sino por las sociedades en contra de las cuales aquélla lucha y a las cuales considera despotías. Sigue al mito medieval de un sacrificio original de la crucifixión de Jesús, que es un sacrificio cristiano, pero que no ha sido realizado por los cristianos, sino por aquellos que rechazaron a Cristo. La sociedad burguesa se ofrece como la sociedad que potencialmente, por medio del mercado, es una sociedad sin sacrificios. Todos los sacrificios de la historia han sido realizados para recibir su sentido de la sociedad burguesa. En cuanto haya amenaza de vuelta de la despotía, también la sociedad burguesa es despótica, sólo que en forma de un poder despótico que lucha de manera despótica en contra de la despotía. Después de su victoria definitiva, no habrá ya ninguna despotía. Por ende, realiza sacrificios que son necesarios para que finalmente ya no haya sacrificios. Se trata de sacrificios que, en última instancia, se derivan del hecho de que ha habido despotía, y que todavía amenaza la despotía.

Por consiguiente, si la sociedad burguesa efectúa una crítica de violaciones de los derechos humanos, la realiza siempre en contra de estas pretendidas despotías, para comprobar que sus propias violaciones de los derechos humanos son necesarias como consecuencia de su lucha en contra de las violaciones de por sí cometidas por los otros. Desde esta perspectiva, las violaciones burguesas de los derechos humanos pierden toda importancia, y la sociedad burguesa llega a ser una sociedad sin ninguna conciencia moral frente a sus propias violaciones de esos derechos.

Este circuito sacrificial corresponde al de la Edad Media, siendo su secularización. En el medioevo, la inversión del sacrificio apareció a partir de la imagen de Cristo de la teología ortodoxa cristiana. En la sociedad burguesa este conjunto es secularizado, y tiene ahora vigencia en su forma secularizada. No hay ninguna duda de que este mismo circuito sacrificial subyace incluso al socialismo stalinista. Solamente que no se realiza la inversión a partir de la propiedad privada como ley natural del mercado,

sino a partir de la propiedad estatal y de la planificación. En este caso, la sociedad futura prometida sin más sacrificios humanos, ya no es la armonía del mercado, sino que se llama ahora comunismo. El stalinismo aparece como aplicación a la sociedad socialista de los esquemas analizados de John Locke y de Adam Smith. En los discursos de acusación del fiscal general de los juicios de Moscú de los años treinta, A. J. Vishinski, uno puede encontrar todo este circuito sacrificial. El sacrificio original en cuyo nombre son cristalizados todos los sacrificados de la historia mundial, es Kirov, el Secretario General del Partido Comunista de Leningrado, quien murió en 1934 por un atentado (que probablemente fue organizado por Stalin mismo). A aquellos que acusa Vishinski, los llama perros rabiosos y bestias, nombres que ya John Locke usaba para tales enemigos, y que también el actual presidente de EE.UU., Bush, utilizara para Kadafy, cuando estaba preparando ideológicamente el ataque aéreo de EE.UU. sobre Libia. Hoy se han añadido palabras nuevas, como es la palabra “cáncer”. John Locke no la conoce todavía, ni tampoco Vishinski. Sin embargo, en la Edad Media ya la usaba la Inquisición para referirse a los herejes, llamándolos “pestes”. Ya mucho antes, Cicerón usaba la palabra “basura” para los levantados de Catilina. En los años veinte, la palabra basura vuelve a ser usada en la Unión Soviética para los enemigos. Hasta en Costa Rica se hacía en 1985-1986 la campaña en contra del narcotráfico en nombre de la basura: “Los narcotraficantes son basura humana, ¡denuncialos!”. Desde la basura de Cicerón, la peste de la Edad Media, las bestias salvajes y los perros rabiosos de Locke, los lacayos del capitalismo monopólico de Stalin, los parásitos del nazismo, hasta el cáncer de las dictaduras de seguridad nacional y del gobierno de EE.UU., aparece el abanico de palabras que se refieren a los enemigos de la república romana, a los crucificadores de Cristo, y a los enemigos de la humanidad de la sociedad moderna occidental. El stalinismo legitima el trabajo forzoso de los campos de concentración, con los mismos argumentos con los cuales John Locke legitima el trabajo forzoso por la esclavitud; y este mismo stalinismo, interpreta la abolición del trabajo forzoso con los mismos argumentos que ya han usado Adam Smith o Tocqueville en cuanto a la esclavitud de su tiempo. No existe ninguna diferencia esencial (30).

Una vez cerrado este circuito sacrificial, no hay nada que no sea lícito. Cualquier sacrificio humano, cualquier violación de los derechos humanos se justifica, y ninguna conciencia moral del mundo puede

30) En los discursos del fiscal general de los procesos de Moscú, Vishinski, no aparecen ni Hegel ni Marx, sino la tradición liberal, que se aplica sustituyendo la propiedad privada por la propiedad estatal. Vishinski no dice ni una palabra que pudiera recordar a Hegel. Pero dice muchas palabras que recuerdan a John Locke y a Adam Smith. Pirker, Theo, *Die Moskauer Schauprozesse 1936-1938*. dtv, München, 1963.

29) Entrevista citada.

legítimamente intervenir. Aunque aparezca una conciencia de culpa, ésta se transforma en un objeto del psiquiatra y ya no está conectada con las razones reales de esta culpa.

El sacrificio humano se transforma incluso en obligación moral. Eso ocurre hoy con el cobro de la deuda externa del Tercer Mundo, que ha llegado a ser un verdadero genocidio que cuesta siempre más sacrificios humanos y que destruye aún más la naturaleza (31). Si hoy se argumenta en los países acreedores en contra de este genocidio, uno se encuentra diariamente con una pregunta espantosa. Esta pregunta es: ¿es moralmente lícito suspender este genocidio? La pregunta no es: ¿es lícito? La pregunta es: ¿se debe intervenir para pararlo? ¿Es lícito no cobrar estas deudas? ¿No tenemos que asegurar la moral de pago? ¿Qué ocurrirá si de repente ya no hay que pagar las deudas? ¿No tenemos que preocuparnos del orden internacional? ¿Dónde queda la moral, si no se puede efectuar genocidios de este tipo?

Detrás de estas preguntas soberbias está la conciencia mísera de los acreedores, quienes saben muy bien que estas deudas son en realidad el resultado de un fraude gigantesco. Pero esta conciencia no habla. La conciencia de Occidente solamente habla cuando se le exige renunciar al genocidio. Lo declara imposible por razones de conciencia. Se comete el genocidio precisamente por tener conciencia moral. Tenemos una moral que exige sacrificios humanos, y el Occidente no tiene intenciones de violar esta su moral. Comete genocidio por razones morales, obligado por el deber. ¿Es moralmente lícito *no* cometer un genocidio? Esa es la pregunta del Occidente. La moral del Occidente exige más sacrificios humanos que cualquier sociedad anterior. Para el Occidente, la fe de Abraham es insostenible. ¿Es lícito que Abraham rechace sacrificar a Isaac cuando le habla el ángel? ¿No será la voz del diablo? La voz de su fe que lo hace rechazar el sacrificio, ¿no será la voz de una conciencia mal orientada? ¿No será la voz de la utopía? Así piensa el Occidente.

Aquellos que imponen esta moral de Occidente se sienten como verdaderos Agamenones, héroes trágicos determinados por el destino a imponer la ley, sin preocuparse de las consecuencias. Pueden admirar la moral de aquellos que son capaces de realizar el genocidio, sin que les tiemble la mano. Y en verdad, ¿no se sacrifican a sí mismos al cumplir con el deber trágico de sacrificar a otros? ¿No es en verdad Agamenón el que se sacrifica cuando sacrifica a su hija querida? ¿No sería mejor hablar del sacrificio de Agamenón en lugar del sacrificio de Ifigenia? El que pierde a su hija más querida, ¿no realiza el sacrificio

31) Cuando el candidato a la presidencia de Brasil, del Partido de los Trabajadores, hablaba en el año 1989 de un viaje a Europa, contó que fue presionado para no destruir el Amazonas porque era el pulmón del mundo. El respondió que la deuda externa era su broncopulmonía.

de renunciar a ella cuando la mata? ¿No será este sacrificio de Agamenón, un sacrificio mucho mayor que el realizado por Ifigenia? La Ifigenia de Goethe dice de la diosa Diana: "Ella escogió mi asilo; ella me guarda aquí tal vez para que sea consuelo en la vejez, de un padre castigado asaz, por la apariencia de las cosas" (32). Ifigenia se ofrece para consolar a su padre, por el sacrificio realizado al sacrificarla a ella.

Nuestros bancos, ¿no realizan también ellos este sacrificio trágico cuando cobran la deuda externa del Tercer Mundo, y aceptan ser acusados y no encontrar ninguna comprensión para la necesidad moral que obliga a ellos a cometer el genocidio? Son ellos los que tienen el drama trágico del alma, no aquellos que tienen que morir en consencuencia. El verdugo que sacrifica es verdaderamente el sacrificado. Se sacrifica a sí mismo al sacrificar a los otros.

Cuando tocan las trompetas terribles del Mesías de Händel, y cuando el coro canta triunfalmente: "Están temblando los paganos...", tendríamos que temblar por la suerte de los paganos. Después de que este Mesías fue cantado en Londres por primera vez, salieron las tropas para conquistar la India, donde los paganos estaban temblando desde ya. Vino el Mesías para poner su bota encima de la India. Jesús también estaba en la India, sin embargo no estaba al lado de este Mesías. También él tenía la bota encima. Hoy en día, todos los países que han caído alguna vez bajo esta bota tienen que pagar una pretendida ayuda para desarrollo, de aquellos países que los colonizaron ya antes en nombre de alguna deuda externa. Para pagar esta pretendida ayuda tenían que detener o retroceder en su desarrollo, ya de por sí precario. Por el pillaje fueron endeudados y en nombre del pago de la deuda, caen de nuevo bajo el pillaje. No obstante, para el Occidente se trataba en todos los casos de cumplir con la moral de alguna ley. Acompañado por las trompetas del Mesías, que ha hecho todo eso, sigue cantando el coro: "Están temblando los paganos". ¿No habría al fin que correr en su ayuda?

2. La crisis y el colapso de la legitimidad

El Occidente tiene que seguir asesinando para no ser asesino. El es como Agamenón después del sacrificio de su hija. Para no ser asesino, Agamenón tenía que conquistar Troya. Si no conquistaba Troya, el sacrificio de Ifigenia no sería ningún sacrificio sino un asesinato. El cielo de Grecia se hubiera derrumbado encima de él. Tenía que asesinar para no ser asesino. El Occidente destruyó continentes, culturas y pueblos enteros. Realizó sacrificios humanos gigantes que en su visión eran sacrificios necesarios para destruir la despotía y para traer, mediante el mercado, la libertad.

32) "Ifigenia en Táuride". Goethe, *Teatro selecto*. Argonauta, Buenos Aires, pág. 249 (Primer. acto, 3a. escena).

Todos estos sacrificios gigantescos son sacrificios solamente si el mercado es lo que el Occidente sostiene, es decir, la superación de la despotía en todas sus formas. Únicamente de esta manera puede él sostener, con apariencia de razón, que se trata de sacrificios humanos y de violaciones de los derechos humanos necesarios para ir más allá y superar los sacrificios humanos y las violaciones de los derechos humanos de las despotías en contra de las cuales pretende luchar. En este caso se trataría de sacrificios en el altar de la humanidad, que en realidad son antisacrificios que llevan a un futuro humano en el cual ya no existe sacrificio alguno.

Sin embargo, el Occidente tiene que seguir sacrificando para que llegue este futuro, porque hasta ahora no ha acontecido. En el caso de no proseguir, todos estos sacrificios anteriores cometidos en nombre de una sociedad sin sacrificios, no habrían sido realizados en el altar de la humanidad, sino de la deshumanización. Y no serían ningún sacrificio, sino asesinatos y crímenes. Por eso tiene que seguir adelante, para no ser un criminal. Tiene que asesinar para no ser un asesino. Si no lo hiciera, su propio cielo se derrumbaría sobre el Occidente.

Si la ley natural del mercado, en cuyo nombre se ha hecho todo esto, fuera ella misma la despotía de los sacrificios humanos y de las violaciones de los derechos humanos, entonces la colonización del mundo no ha sido un acto de civilización ni la "carga del hombre blanco", sino una guerra de agresión en contra de continentes enteros. No una guerra de defensa, sino una guerra que ha pisoteado a toda la humanidad. En este caso, la transformación de África en un campo de caza de esclavos, y de América en una sola casa de esclavos, fue simplemente un gran crimen. Entonces, el Occidente estaría frente a los escombros de lo que cree que es su cultura. El Occidente realizó sacrificios, sigue realizándolos y tiene que proseguir, para que los sacrificios pasados mantengan su sentido. Esto lleva a una expansión frenética del mercado como una esfera pretendida de la humanidad. Cuanto más el mercado viola los derechos humanos, tanto más hay que expandir este mercado para que las violaciones resultantes de los derechos humanos, sigan apareciendo como pasos necesarios en el camino hacia la humanización por medio del mercado.

Expandir el mercado significa también, acusar a todos los países que no se someten a este frenesí del mercado de constantes violaciones de los derechos humanos, para que las propias violaciones de estos derechos sean comprensibles como condición para no caer en la despotía de aquellos. Por eso los países socialistas deben aparecer como despotías, para que las propias violaciones de los derechos humanos aparezcan como pasos necesarios para impedir tales despotías y, por tanto, como sacrificios sobre el altar de la humanización. La condición sigue siendo la tesis de que la expansión del mercado, es necesaria-

mente la expansión de la esfera de la humanización, para poder sostener todo este proceso como promesa utópica.

Todo este circuito sacrificial, y por consiguiente la legitimidad de la sociedad burguesa, se derrumba en el caso de que haga falta detener esta expansión del mercado, por el hecho de que su lógica lleve a la destrucción del hombre y de la naturaleza. Un derrumbe de este tipo exigiría una reconstitución de la sociedad. No se trataría de una adaptación pragmática, sino, efectivamente, de la desoccidentalización de la sociedad.

Conocemos crisis de legitimidad de este tipo. En el año 1975, el ejército de Vietnam del Sur colapsó en el lapso de pocos días a pesar de que bajo el punto de vista militar podía seguir funcionando. Este derrumbe no era solamente la consecuencia de la derrota militar, sino también de un colapso de legitimidad. La guerra de EE.UU. había sido declarada como una guerra justa, en la cual los soldados estadounidenses en Vietnam eran los defensores y los vietnamitas, que defendieron en Vietnam a su propio país, eran los agresores. Idiológicamente hablando, la guerra de Vietnam fue tratada igual que todas las guerras coloniales anteriores, es decir, como guerras justas del poder colonial en contra de los pueblos colonizados, que se consideraban los agresores. Por tanto, la guerra de Vietnam era vista como parte del circuito sacrificial de la sociedad burguesa.

Cuando se perdió, se perdió esta justificación también. Lo que antes parecían sacrificios humanos necesarios para impedir la despotía y para ampliar la esfera de la utopía humana del mercado, se transformó en un sacrificio sin sentido y, por ende, en un crimen. Eso llevó hasta una crisis de legitimidad en los propios EE.UU. que se llamó el síndrome de Vietnam. En los EE.UU. se luchó en contra de este síndrome por una agresividad forzada, que efectivamente logró impedir una confrontación con este pasado. En Vietnam del Sur, en cambio, se produjo el colapso de la legitimidad al no ser posible eso.

Con el mismo fenómeno nos encontramos en Nicaragua en 1979. El 19 de julio el aparato militar de Somoza se derrumbó en un solo día, a pesar de que en sentido militar podría haber seguido actuando. También esto se conecta con un colapso de legitimidad, mediante el cual Somoza fue transformado de un garante de la libertad apoyado por EE.UU. en un simple criminal.

Algo muy parecido ocurrió en Alemania en 1945, con el derrumbe del imperio nazi. El sistema se derrumbó en pocos días pese a que había sido apoyado hasta el final por una gran mayoría del pueblo alemán. De nuevo se produjo un colapso de legitimidad tal, que estos mismos alemanes ya no podían entender por qué habían apoyado un sistema de este tipo. Todo lo que antes del final de la guerra parecía un sacrificio humano necesario, ahora apareció como lo que realmente era: asesinato y crimen.

De una manera mucho más dramática, hoy aparece una crisis de legitimidad en la Unión Soviética y en los otros países socialistas. Se trata, posiblemente, de un ejemplo de aquello que está esperando al Occidente burgués en el momento en el cual salga a la luz su propia crisis de legitimidad, que aún hoy logra ocultar. Se trata de la crisis de un circuito sacrificial, como lo constituyó la sociedad staliniana. Se trata de un circuito sacrificial completamente occidental que tiene su centro en la propiedad estatal y la planificación, a diferencia del circuito burgués que se basa en la propiedad privada y el mercado. Si hacemos abstracción de esta diferencia, resulta idéntico con el circuito sacrificial burgués. En lugar de los sacrificios humanos de las despotías de la imaginación burguesa, se ponen aquí los sacrificios humanos del capitalismo, el cual se pretende superar introduciendo la planificación económica como esfera de la humanización, que en su sentido utópico promete también una sociedad sin sacrificios que llaman comunismo. Las violaciones de los derechos humanos en el socialismo, también aparecen como sacrificios necesarios sin los cuales no se puede garantizar este futuro utópico. Una vez entrado en este circuito sacrificial, hay que asesinar para no ser asesino.

Cuanto más la planificación, en la forma como la Unión Soviética la realizó, resultaba ineficiente, este circuito sacrificial entró en crisis. Los sacrificios realizados ya no parecen ser sacrificios con sentido, y el futuro que pretendidamente aseguraban ya no parece ser un futuro tan glorioso. En consecuencia, se convierten en crímenes. Lo que antes, en la visión staliniana, parecían sacrificios necesarios en el altar de un futuro aún más humano, ahora resulta ser un crimen. Por tanto, se empieza a hablar de los crímenes de Stalin. Una vez entrada la legitimidad en esta crisis, no se la puede recuperar, a no ser que se la reemplace con una agresividad aún mayor, como se hizo en el caso de los EE.UU. en respuesta al síndrome de Vietnam. Pareciera que la Unión Soviética no tiene el potencial de poder necesario para eso, pero posiblemente también se ha conservado un grado de humanidad que impide esta solución. En consecuencia, solamente queda la constitución de una nueva sociedad que descansa en otra legitimidad. Únicamente de esta manera se puede evitar un colapso definitivo de legitimidad.

Analizando este caso de la Unión Soviética, se puede prever a qué consecuencias puede llegar la sociedad burguesa en el caso de que hubiera que hacer un juicio sobre el mercado, como hoy se hace en la Unión Soviética sobre la planificación. Sin embargo, estamos hoy delante de esta necesidad. Son falsos los himnos de la eficiencia del mercado que hoy se cantan en todas partes. Aquellos que cantan estos himnos saben eso, por eso cantan con un volumen tan estrepitoso. Están opacando y postergando la crisis de legitimidad del mercado, que amenaza. Se realiza una política desenfrenada de expansión

del mercado, para opacar el hecho de que esta política está llevando a la destrucción del hombre y de la naturaleza. Para opacar esta conciencia, se realiza la política del mercado total; se asesina para no ser asesino.

Ninguna década desde los años cuarenta de este siglo, ha sido tan destructiva como la década de los ochenta. Al final de los años setenta surgió una creciente conciencia sobre el hecho de que era necesaria una adaptación del sistema económico a las necesidades de asegurar la vida de los hombres y de la naturaleza. Desde los "Límites del crecimiento" del Club de Roma, era claro que solamente un equilibrio razonable de mercado y planificación, orientado por estas metas, podía solucionar el problema.

No obstante, si se necesita un equilibrio tal, aparece entonces no sólo una crisis de legitimidad de la sociedad socialista, unilateralmente orientada por la planificación central, sino también una crisis de legitimidad de la sociedad burguesa, unilateralmente orientada por criterios mercantiles. Los países socialistas empezaron con una política de solucionar esta crisis por una nueva relación entre mercado y planificación, y empezaron con la reestructuración de todas sus formas de vida. Los países capitalistas, en cambio, se lanzaron a una carrera mortal: a los problemas del mercado contestaron con más mercado aún, con el mercado total. Cuando los países socialistas empezaron a buscar soluciones racionales, los países capitalistas se volvieron irracionales y entraron en una ideología pura del sistema mercantil. De esta manera opacaron la crisis de legitimidad que estaba surgiendo, y la cambiaron por una destrucción ilimitada del hombre y de la naturaleza. Por esta política del mercado total que empujó el gobierno de Regan, los años ochenta de este siglo se transformaron en una década de genocidio en el Tercer Mundo, por el cobro de la deuda externa, y en un holocausto de la naturaleza.

Lo que hace falta es un equilibrio de mercado y planificación, que canalice el mercado de una manera tal que se asegure la vida de los hombres y de la naturaleza. Eso implica la disolución de la utopía mercantil del mercado como una esfera de humanización, que se realiza automáticamente por la lógica del mercado. Se trata simplemente del otro lado de una política que creía poder realizar automáticamente el comunismo en los países socialistas, como esfera de humanización por la lógica de la planificación. La crisis de legitimidad es precisamente el resultado de un conocimiento que da cuenta que ni el plan ni la planificación, ni la lógica mercantil, contienen un automatismo humanizante de por sí. Hace falta aceptar esta crisis para poder hacer una sociedad nueva. Sin embargo, precisamente el Occidente burgués no muestra la más mínima disposición hacia eso. Por su política del mercado total, se transforma en el "wild west" del mundo de hoy.

En una crisis de legitimidad de este tipo, no obstante, los sacrificios humanos, que fueron considerados como un paso necesario hacia la realización de la utopía del mercado, se transforman en crímenes. Los sacrificados que son mantenidos en jaque por la conciencia de limpieza que el Occidente tiene de sí mismo, retornan para transformarse en Euménidas. En vez de poder cobrar deudas del Tercer Mundo, en este caso el Occidente se encuentra frente a su propia culpa, frente a una deuda que jamás podrá pagar. Frente a la culpa de haber destruido cruel y brutalmente todo un mundo en un proceso que ha durado siglos. Sin embargo, sin esta confesión de culpa, el Occidente no puede cambiar y no puede desarrollar una relación razonable con el propio mercado.

En vez de aceptar eso, el Occidente reprimió la conciencia creciente de culpabilidad por la política agresiva del mercado total. La utopía del mercado de la burguesía floreció, mientras el mercado realizaba su obra de destrucción. Una forma de reprimir esta conciencia de culpabilidad fue la insistencia en el problema del aborto. Aquí se hablaba de un holocausto, en tanto que el holocausto real se estaba realizando con la población del Tercer Mundo y con la naturaleza.

El Occidente burgués entró en una carrera de muerte en contra de su propia culpa. Asesina para no ser asesino. Quiere seguir este camino hasta el amargo final. Ningún discurso secreto de Kruschew está a la vista. Ningún Gorbachov se atreve a aparecer. Puede ser que la culpa ya sea demasiado grande como para poder ser confesada. El Occidente es incapaz de confesar su culpa. Es tan incapaz como la propia iglesia católica, que todo el tiempo exige de todo el mundo sus correspondientes confesiones de culpa, pero que sobre la inquisición y la quema de brujas nunca ha podido decir más que considerarlos como un error. Lo que ha sido un crimen, se ha transformado en un error. ¿Fue un error la transformación de África en un campo de caza de esclavos? ¿Fue un error la colonización de la India? ¿Fue un error el imperio de esclavos, cristiano primero, y liberal después, en América y que ha durado siglos? Cuando Hochhuth escribió *El Vicario*, se contestó solamente con una propaganda de limpieza que posteriormente desembocó en una continuación agresiva de lo que se estaba haciendo. En este contexto, la Unión Soviética parece ser una excepción única.

En Centroamérica se hace una propaganda turística que llega de Nueva Orleans (EE.UU.), y que invita a hacer una visita al siguiente restaurante de lujo bajo el título "Descubra Nueva Orleans con Lacsá":

Siguiendo las huellas del pasado, es obligación una visita a las viejas plantaciones de algodón. Una de las más famosas es Houmes House, en Burnside, como a una hora de New Orleans. Si va a ese lugar, no deje de comer en uno de los

mejores restaurantes de la región, The Cabin. Este está ubicado en la que hace muchos años fue una cabaña de esclavos. La comida es deliciosa y en temporada ofrece carne de lagarto. ¿Le gustaría probarlo? (33).

Con seguridad ahí atienden hombres negros, hijos de los que han sido los esclavos en este lugar. Así se reprime la culpa. ¿Vamos a abrir también un restaurante de lujo en una de las barracas de Bergen-Belsen, ofreciendo jabalí para el paladar? ¿Quizás también en Workuta?

El problema es que los sacrificios no se deben transformar en crímenes. Por eso hay que seguir y destruir al fin al mundo entero. Ahora grita el Occidente burgués el grito de Ifigenia, que es el grito de todos los sacrificados, en cuanto que puedan ser mantenidos en jaque y su muerte abusada por sus verdugos sacrificadores: "Matadme, pues; devastad a Troya... que esclavos son unos, libres los otros".

3. La Ifigenia iluminada

Una vez secularizado el circuito sacrificial de la Edad Media, también el Cristo medieval puede aparecer en forma secularizada. Lo hace en el tiempo de la Iluminación, bajo el nombre original de Ifigenia. Racine, Schiller, Goethe y muchos otros escritores, desarrollan una nueva Ifigenia que está ahora al nivel de la sociedad burguesa.

La *Ifigenia en Aulide* de Eurípides, sobrevive a este proceso casi sin ningún cambio, igual que ha sobrevivido a la Edad Media. Un padre sacrifica a su hija (o hijo) y ésta(e) se une en su muerte con la voluntad del padre, aceptando este sacrificio, afirmándolo y entregándose a sí misma(o). Por tanto, cuando Schiller escribe una *Ifigenia en Aulide*, ésta resulta ser simplemente una traducción libre de la Ifigenia de Eurípides. Pero el mismo tema aparece también con otros nombres. Así, *El príncipe de Homburg* de Kleist, es también una Ifigenia en Aulide, sólo que prusiana y militar. Se procede al sacrificio. Sin embargo, en el último momento llega a caballo un mensajero del rey, que lo interrumpe, porque el rey considera suficiente la buena voluntad tanto del sacrificador como del sacrificado.

El problema sigue siendo "Ifigenia entre los tauros", como la presenta Eurípides, es decir, la pregunta: cómo se ve Grecia una vez realizado el sacrificio de Ifigenia. La respuesta de Eurípides, ahora ya no es ninguna solución. Mientras Schiller escribe una Ifigenia en Aulide, que puede ser una traducción libre del original de Eurípides, la "Ifigenia entre los tauros" de Goethe se inspira en Eurípides, no obstante, resulta un drama completamente cambiado.

Goethe presenta el mundo como se ve después del sacrificio de Ifigenia. Su respuesta es: un mundo sin

33) Ver *La Nación*, San José, 8.12.87.

sacrificios humanos. El sacrificio deja de existir, ya no hace falta sacrificar a nadie. La *Ifigenia en Táuride* de Eurípides, se transforma en una sacerdotisa que realiza sacrificios humanos, los cuales posteriormente son prohibidos por la diosa Minerva y sustituidos por un simple acto simbólico. En cambio, la *Ifigenia en Táuride* de Goethe, como “diosa sacerdotisa”, libra ella misma del sacrificio, realizando la consecuencia de que ya nunca más debe haber sacrificios. En este sentido, ella es ahora completamente cristiana y medieval. Goethe la cristianizó, para secularizarla en el mismo acto.

La *Ifigenia en Táuride* de Goethe, transforma como diosa sacerdotisa a Táuride en un paraíso sin sacrificios humanos y, al final, extenderá este paraíso a toda Grecia. El mensajero de Thoante, rey de los tauros, le dice:

¿Quién difirió con dulces persuasiones de un año a otro, la costumbre horrenda de ofrecer en sangriento sacrificio a Diana en su altar, todo extranjero, volviendo así a su patria prisioneros a irremisible muerte condenados? Y al carecer de las antiguas víctimas la diosa, en vez de airarse, ¿no se rinde en gran medida a tus suaves ruegos? ¿No cierne la victoria sus alegres alas sobre el ejército? (34).

Goethe le da a la diosa, que en Eurípides se llama Minerva, el nombre de Diana. Esta diosa Diana, que dio a los griegos la victoria sobre Troya por haber sacrificado a Ifigenia, ahora les da la victoria porque Ifigenia ha eliminado los sacrificios. Pero sigue dando victorias.

Sin embargo, el rey Thoante se decide a volver a introducir los sacrificios humanos para la diosa Diana, después de que Ifigenia rechaza su oferta de matrimonio. Quiere en seguida volver a empezar con dos griegos extranjeros que han sido capturados, y de los cuales resultará que se trata de Orestes, el hermano de Ifigenia, y de su amigo Pílates.

Como sacerdotisa, Ifigenia habla con ellos sin conocerlos todavía. Su pregunta central es: “¿Cayó Troya? Asegúramelo, amigo”. Pílates contesta: “¡Cayó!” (35). Ifigenia se siente aliviada. Su sacrificio ha sido un sacrificio con sentido. Por lo tanto, también las conclusiones que sacó de él, es decir, constituir un mundo sin sacrificio. Cuando reconoce a Orestes, y éste le confiesa haber matado a su madre Clitemnestra, ella se va a esforzar para buscar satisfacción para él. Como Troya cayó, el sacrificio de Agamenón no fue un asesinato, y por consiguiente, sí fue asesinato haber matado a Agamenón. Por ende, Ifigenia se vuelve a oponer a su madre Clitemnestra, la madre que se había vengado por el sacrificio de Ifigenia matando a Agamenón. Ifigenia defiende el derecho de Agamenón de sacrificarla, y rechaza el derecho de

Clitemnestra de vengarse de Agamenón por la muerte de su hija Ifigenia. En consecuencia, Ifigenia se pone del lado de Orestes, que había matado a Clitemnestra.

Su propia salvación, que la diosa realizó sustituyéndola por un animal de sacrificio, la interpreta como resultado de su propio sacrificio:

Engañando a mi madre nos llevaron; fui al ara conducida, y mi cabeza a la diosa ofrecieron. Aplacada, no queriendo mi sangre, en una nube me envolvió para salvarme, y de la muerte en este templo renací a la vida (36).

A partir de aquí, explica su renuncia al sacrificio humano:

Yo también he temblado junto al ara de hinojos, y la muerte prematura solemne me cercaba. Iba el cuchillo a traspasar mi pecho palpitante. De interno espanto poseyóme el vértigo. Perdí la vista y... me encontré salvada. ¿No se debe, al que sufre, las mercedes devolver, que los dioses nos hicieron? (37).

Ifigenia, Orestes y Pílates preparan su fuga, la cual quieren realizar engañando al rey Thoante. Sin embargo, en el momento culminante de la fuga, Ifigenia visita a Thoante y le confiesa todo, porque quiere ser limpia y sin mentira. Thoante se deja convencer y renuncia al sacrificio a la diosa Diana de Orestes y Pílates, y los deja salir en paz.

No efectuar sacrificios convence a todos, y crea la paz para todos. El sacrificio original obró la conciliación, de la cual resulta un mundo sin sacrificios. Una solución parecida, sin mencionar la relación con Ifigenia, da Schiller en su *Guillermo Tell* para el mismo problema. Tell sacrifica a su hijo, también sin matarlo, y del sacrificio resulta el juramento del Rütli, que igualmente constituye una sociedad sin sacrificios.

La *Ifigenia en Táuride* de Goethe, muestra un mundo maravillosamente armónico en el cual el sacrificio humano se ha disuelto por su propia lógica. Se trata de un mundo sin enemigos, y por ello, tan armónico. Todos se someten voluntariamente a la influencia divina que Ifigenia ejerce sobre ellos. Troya está destruida, y el mundo no tiene más razones de conflicto. El sacrificio efectuó dos cosas a la vez: la destrucción de Troya y el surgimiento de un mundo armónico sin sacrificios. Se trata de la ideología de la burguesía: la destrucción y colonización del mundo entero crean la condición para una armonía sin límites, con una fuerza de convicción tal, que todos se le someterán. Todos los sacrificios de la historia resultan fructíferos, que han sido realizados por las diversas despotías en su lucha en contra de la sociedad burguesa.

34) Pág. 241 (Primer acto, 2a. escena).

35) Pág. 261 (Segundo acto, 2a. escena).

36) Pág. 249 (Primer acto, 3a. escena).

37) Pág. 291 (Quinto acto, 3a. escena).

El drama de Goethe es panfletario, superficial y nada más que apologético. En los años treinta del presente siglo podría haber sido presentado en los teatros de Moscú, con la misma utilidad para los stalinistas como cuando fue presentado en el siglo XIX para uso de la burguesía. La problemática que el drama esconde, solamente se puede demostrar si uno supone que hubiera tenido otro final.

El final armónico depende completamente del hecho de que Thoante, el rey de los tauros, se deja convencer por Ifigenia de no realizar más sacrificios y de dejarla salir con su hermano. Supongamos que no se hubiera convencido. En este caso, él hubiera tomado a Ifigenia y la habría sacrificado a ella. Orestes y Píldes se habrían escapado, y habrían hecho la guerra a Táuride. Habría sido una guerra en contra de los sacrificios humanos y por la armonía de un nuevo mundo sin estos sacrificios. Capturado Thoante, lo habrían quemado en una hoguera frente al templo, demostrando que ahora efectivamente los sacrificios humanos se terminaron. Como resultado, Grecia, por una guerra justa en defensa de la humanidad y de la humanización, habría conquistado una nueva colonia.

Habría sido una de esas guerras de las que la burguesía ha hecho centenares, y que todavía sigue haciendo, mediante las cuales defiende a la humanidad para recibir como premio la dominación sobre el mundo entero. La guerra que condujo EE.UU. contra Nicaragua, fue legitimada de esta manera. Lo mismo vale para la guerra en contra de Panamá, a fines de 1989, que como regalo de navidad para la población panameña, transformó a este país nuevamente en una colonia de EE.UU. Con la misma justificación fue conquistada América del Norte, eliminando casi toda la población autóctona. Los colonizadores realizaron solamente guerras justas de defensa en contra de la población de los países colonizados, defendieron la humanidad y la humanización, y como premio recibieron el país entero. En cualquier película del "wild west" podemos ver eso todavía hoy. Los conquistadores burgueses nunca han hecho ni una sola guerra injusta. Claro, si Goethe hubiera escogido un final de este tipo, su drama revelaría mucho más de lo que ahora se ve. Pero con seguridad no se habría mejorado. Solamente se hubiera transformado en el libreto de una película del "wild west".

4. El sacrificio y el pacto con el diablo

Posteriormente, Goethe buscó la solución de una manera completamente distinta. También en su *Fausto* está en el centro el asesinato de un niño. Margarita (Gretchen) mata a su hijo, quien es también el hijo de Fausto. Sin embargo, esta vez este sacrificio de un niño no responde a la exigencia o intriga de una diosa. Ahora el sacrificio del niño

resulta de un pacto con el diablo, no con los dioses. No resulta tener la más mínima fertilidad, sino que es solamente una catástrofe producida por el pacto con el diablo. Aunque no sea todavía el descubrimiento de la libertad, no obstante, Goethe ahora vislumbra el camino hacia ella. En el comienzo de la libertad está un hombre —Abraham—, quien rechaza el sacrificio, y un dios que reconoce este rechazo y lo acepta como fe. De esta fe resulta que cualquier sacrificio es una catástrofe. Es resultado de un pacto con el diablo y jamás una fuente de fertilidad. Esto es válido también en el caso de que el pacto con el diablo fuera inevitable.

Fausto sigue queriendo crear un paraíso en la tierra, pero él sabe ahora que tiene que engañar al diablo para alcanzarlo. Tiene que engañarlo, porque no puede salirse del pacto con él. Con eso Goethe, el dios olímpico, baja por fin del Olimpo y crea quizás la imagen más realista que tenemos de este problema. El viejo Goethe lo resume de la siguiente manera: *Nemo contra deum, nisi deus ipse* (38).

38) "Nadie en contra de Dios, sino Dios mismo". *Dichtung und Wahrheit*, al comienzo del capítulo 4.